

**CARL FREDRIK WISLØFF**



# **LA PALABRA DE LA BOCA DEL SEÑOR**

**LA PREDICACIÓN DE LA LEY Y EL EVANGELIO**

**TRADUCIDO POR: INGAR GANGAS**

**SUCRE – BOLIVIA**

**2020**

Título original en noruego:  
Ordet fra Guds munn  
© 1978 Carl Fr. Wisløff y Luther Forlag  
Oslo, Noruega

Traducción y extracto al español: Ingar Gangas  
© **1995 Separatas: Homilética – permiso recibido del autor**

Publicado por:  
© **2020 Asociación El Sembrador**  
Título: La Palabra de la boca del Señor  
Diseño de tapa: Mauricio Ugarte

Informaciones:  
[www.elsembradorweb.com](http://www.elsembradorweb.com)

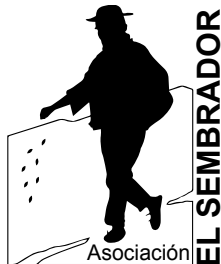
Asociación El Sembrador  
Calle Loa 621-B  
Sucre – Bolivia

La Editorial El Sembrador  
Centro Comercial  
La Salle B-15  
Arequipa – Perú

Contactos:  
Gonzalo Ascarrunz: +591-73417525  
Joel Vera Talavera: +591-67622824  
René Villegas: +591-67607735  
Renán Alvis: +51-982700838  
Miguel Fuentes: +51-982313388  
Ingar Gangas: +47-90151234

Impreso en: Imprenta “Tupac Katari”

*Distribución gratuita*



# PRESENTACIÓN EDITORIAL

Es grato presentar el libro “La Palabra de la boca del Señor” escrito por el Dr. Teól. Carl Fr. Wisløff. El título original en noruego fue: “Ordet fra Guds munn”. Este libro se ha traducido a varios idiomas. Es una obra que ha sido de gran ayuda a pastores, predicadores y líderes de la Iglesia Luterana durante muchos años.

El presente trabajo está especialmente dirigido a estudiantes de institutos bíblicos, seminarios, pastores, líderes y otras personas que deseen profundizar en los temas de la predicación, como: La misión y la importancia de la predicación, la fuente de la predicación, la relación entre la predicación, El Espíritu Santo y La Palabra de Dios, la predicación para Conversión, Avivamiento, Santificación etc.

La predicación del evangelio – como ley y evangelio – es lo más importante para la Iglesia Cristiana hoy en día. Es como dijo el gran reformador Martín Lutero: “La Iglesia Cristiana puede sobrevivir aun olvidándose de todas sus actividades, su música y sus liturgias, pero no puede persistir y crecer sin la predicación de la Palabra que viene de la boca del Señor”.

Wisløff nos enseña como la doctrina de la ley y el evangelio debe estar presente en la predicación, una predicación así traerá libertad, consuelo y alegría al oyente, pero si no tenemos el enfoque correcto, nuestro mensaje traerá carga, culpa y desánimo entre los que nos oyen.

Esta edición del libro ha sido posible gracias a la colaboración de “Norsk Luthersk Lekmannsmisjon” (La Misión Luterana Laica de Noruega).

Originalmente la traducción al español fue hecha en separatas por el misionero Ingar Gangas, que ahora se han unido para formar este libro que si bien no tiene todo el contenido del material original, posee las partes más relevantes del mismo que resultará útil para el contexto latinoamericano.

Los editores

# ÍNDICE

<b>Cap 1 LA MISIÓN DE LA PREDICACIÓN .....</b>	<b>7</b>
1. La Predicación como proclamación .....	7
2. La Predicación como “recuerdo” .....	10
3. La Predicación como la Palabra de Dios .....	16
4. Toda Predicación es una interpretación de la Escritura ....	20
5. El Espíritu y la Palabra .....	23
<b>Cap 2 LA PREDICACIÓN Y LA FE .....</b>	<b>29</b>
<b>Cap 3 LA IMPORTANCIA DE LA PREDICACIÓN.....</b>	<b>35</b>
<b>Cap 4 LA PREDICACIÓN SIEMPRE ES ACTUAL.....</b>	<b>41</b>
<b>Cap 5 LA PREDICACIÓN Y LOS OYENTES.....</b>	<b>55</b>
1. La Predicación tiene que estar en desacuerdo con la religiosidad popular .....	55
2. La Predicación tiene que encontrar al oyente donde éste se ubique .....	58
3. La Predicación no sólo debe dar un nuevo conocimiento, sino crear una nueva situación .....	62
4. El mensaje debe aplicarse a los oyentes .....	67
<b>Cap 6 LEY Y EVANGELIO EN LA PREDICACIÓN .....</b>	<b>73</b>
1. La relación básica entre la ley y el evangelio: Dios realiza dos distintas obras mediante su Palabra .....	73
2. La Ley y la vida social.....	82
3. La Ley de condenación.....	86
4. La Ley como una regla .....	94

5. Lo característico del Evangelio .....	101
6. La Palabra como medio de gracia.....	103
<b>Cap 7 PREDICACIÓN PARA CONVERSIÓN Y AVIVAMIENTO .....</b>	<b>107</b>
1. El arrepentimiento .....	108
2. La fe.....	115
3. ¿Dos o tres grupos de oyentes?.....	121
4. Señales de la fe verdadera .....	123
5. La relación entre el bautismo y la Palabra.....	124
<b>Cap 8 PREDICACIÓN PARA SANTIFICACIÓN.....</b>	<b>129</b>

## **LA MISIÓN DE LA PREDICACIÓN**

¿Qué es la predicación?

¿Qué significa el verbo predicar?

La respuesta la hallamos en la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Analizaremos primero las explicaciones del Nuevo Testamento. Mediante las citas bíblicas obtendremos una opinión acerca de la predicación.

El Nuevo Testamento utiliza varias palabras del griego para explicar lo que es la “predicación”. Estas son:

- Testimoniar
- Enseñar
- Amonestar
- Corregir y otras más.

Se usa con mucha frecuencia la palabra “predicar” (keryx) en el sentido de “proclamar”, o “anunciar”, en voz alta, un mensaje importante.

### **1. La predicación como proclamación**

La palabra “keryssein” (griego) aparece por primera vez en Mateo 3:1: “En aquellos días vino Juan el Bautista

*predicando* en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado...”

En Mateo 4:17 encontramos a Jesús predicando. Los discípulos también “predicaron”. El apóstol Pablo predicaba, “demostrando que Jesús era el Cristo” (Hch. 9:20; 10:42; 20:25).

Las citas mencionadas dan luz sobre lo que quiere decir la palabra “predicar”.

“Keryssein” no es tener un discurso bien preparado o dar sólo una enseñanza, sino que es, anunciar o proclamar una noticia que todos deben escuchar. Existen antecedentes importantes que deben proclamarse a todos (que Dios ha obrado, que Dios está haciendo algo, por ejemplo: que Dios envió a su Hijo). Cuando Dios obra de esta manera, se crea una nueva situación para el hombre, algo que la predicación tiene que comunicarle o transmitirle.

Los apóstoles tenían un mensaje sobre lo que Dios hizo. A diferencia de los estoicos, que también se consideraban proclamadores, pero que tenían solamente un mensaje acerca de las obras y demandas que debía cumplir el hombre.

El estoicismo era una escuela filosófica fundada por Zenón de Citio en el 301 A.C. Su doctrina filosófica estaba basada en el dominio y control de los hechos, cosas y pasiones que perturbaban la vida, valiéndose de la valentía, la razón y el carácter personal.

Los estoicos continuamente hablaban al hombre sobre lo que éste tenía que hacer para obtener su salvación. En



cambio, los apóstoles predicaban el perdón de los pecados y la obra salvadora de Jesucristo.

Los estoicos enseñaban que existe algo bueno en el ser humano que debe desarrollarse para alcanzar la vida perdurable. Los apóstoles enseñaban que Dios se hizo hombre. Los estoicos predicaban que es el hombre quién tiene que alcanzar la divinidad.

Resumiendo, podemos decir que la predicación cristiana proclama que Dios ha actuado. ¡Dios ha hablado! Algo sucedió. Dios creó una nueva situación.

Esto no es todo, porque esta clase de predicación no solamente “habla” de una nueva situación, sino que “crea” la nueva situación en el momento de ser expresada. El testimonio cristiano es una palabra viva y activa. Cuando se proclama el reino de Dios, el reino mismo se acerca (1 Co. 1:24; 1 Ts. 2:9 y 13).

Esta clase de predicación sobrepasa a todo lo que piensa el ser humano. Es algo más que historia (1 Co. 2:9), y para muchos es un tropiezo o una locura (1 Co. 1:23). La predicación cristiana requiere de arrepentimiento o penitencia (Mt. 3:1 sgt.). Bueno, a pesar de la actitud del hombre el reino de Dios viene de todas maneras; el reino de Dios viene porque Dios lo desea. Pero sin arrepentimiento o penitencia, el hombre quedará fuera del reino celestial -dice la predicación bíblica.

Debido a la relación entre la predicación y los hechos de Dios realizados en la historia, el contenido de la predicación no se puede cambiar. El heraldo (mensajero), no predica lo que él piensa. Él no cambia el mensaje. Tampoco predica lo que piensa el oyente, o algo acerca de las sensaciones

religiosas que pueden ser muy variables, sino que el heraldo proclama una verdad que sucedió. Además, sabe que el mensaje vino de Dios, quién lo llamó y lo envió. Por esto el mensaje no puede cambiar, porque sería predicar falsedades sobre Dios (1 Co. 15:11 y 15).

El evangelio incluye un hecho de Dios. El evangelio significa un mensaje de victoria, es decir victoria en batalla. No se puede añadir o quitar algo. El que predica un evangelio diferente se considera anatema (maldición), según el apóstol Pablo (Gál. 1:9).

El heraldo no es solamente un proclamador. Se considera también un testigo. La diferencia entre los dos es que, a un heraldo, o proclamador, se lo envía con un mensaje determinado. El testigo da su declaración, por ejemplo, ante un tribunal. Hay diferencia, pero el contenido de su testimonio puede ser el mismo que el del heraldo (1 Co. 15:14 sgt).

La tarea del predicador es compleja e incluye varias cosas. Puede que la Homilética haya enfatizado mucho la tarea de ser heraldo y proclamador, y que haya olvidado otros aspectos, como lograr que el oyente recuerde lo que ya escuchó.

## **2. La predicación como “recuerdo”**

El Nuevo Testamento menciona que los apóstoles les hacían *recordar* (griego: hypomnesis) a sus oyentes lo que ya habían oído.

Romanos 15:15 dice: “... Mas os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para *haceros recordar*, por la gracia que de Dios me es dada...”

En 2 Pedro 1:3-4 el apóstol dice: “Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquél que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina...” En el versículo 12 continúa diciendo: “Por esto, yo no dejaré de *recordaros* siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente”.

Algo parecido tenemos en 2 Pedro 3:2: “... para que tengáis memoria de las palabras que *antes han sido dichas* por los santos profetas...”

Juan escribe en 1 Juan 2:20-21: “Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y *conocéis* todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino *porque la conocéis...*”.

Y como última cita mencionaremos Judas 5: “Mas quiero *recordaros*, ya que una vez lo *habéis sabido*, que el Señor...”

¿Cómo se entienden estas citas bíblicas?

Primero, estas citas enseñan que los oyentes ya tenían conocimiento del evangelio. Ya lo habían escuchado. Pero había necesidad de que fuera proclamado nuevamente por el heraldo.

En segundo lugar, nos dicen que los oyentes ya habían recibido en forma personal lo dicho por los que anunciaban el evangelio.

Lo más importante había sucedido -Dios se acercaba nuevamente a personas que ya habían experimentado la fe.

El Espíritu Santo vivía en sus corazones, pero nuevamente tenían que sentir la presencia de Dios y gozarse en la libertad cristiana: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo” (Gál. 4:6-7).

La predicación no es solamente para los incrédulos. No llama únicamente a la conversión y al arrepentimiento o penitencia, como fue la predicación de los primeros misioneros. La predicación congregacional debe incluir a las personas que ya recibieron la Palabra de Jesucristo (Jn. 17:6-11), a los renacidos. En una congregación normal, los renacidos constituyen la mayor parte de los oyentes.

Los oyentes convertidos escuchan la Palabra con más entendimiento. Ellos tienen comunión con el Señor (Sal. 25:14). La palabra de la cruz (1 Co. 1:18 y 23) no es una locura para ellos. Por el contrario, conocen el evangelio y saben que es poder de Dios (Rom. 1:16). Lo que antes era una carga y una molestia ha llegado a ser el placer de su corazón (Rom. 6:17), aunque la nueva criatura conoce el deseo de la carne que se opone (Gál. 5:17). El creyente es “nuevo” y “viejo” a la vez (Ef. 4:22-24).

La naturaleza vieja sigue siendo parte de mi ser, no es solamente una parte separada que aún no ha nacido de nuevo.

Mientras estoy en el mundo, mi vieja naturaleza se opone a la voluntad divina, y el evangelio es algo nuevo e ininteligible para la carne. Siempre necesito escuchar el evangelio, aun siendo creyente, porque mi corazón lo necesita una y otra vez... A veces olvidamos que el evangelio

se presenta cada vez como algo nuevo. Nunca se entiende el mensaje totalmente, pues se necesita como el pan de cada día. Esto no va en contra de lo que mencionamos arriba, acerca del creyente y sus posibilidades de captar el evangelio con más facilidad; porque tiene comunión con Dios. Es cierto que el cristiano lo entiende mejor debido a la iluminación del Espíritu Santo, pero también es cierto que necesita el evangelio diariamente como el maná en el desierto.

Es importante saber todo esto al hablar de la predicación. El predicador es un hermano que comparte la Palabra de Dios con otros hermanos. No debemos proclamar la Palabra de Dios como si los oyentes fueran una masa no identificada. Ellos no son como una tropa de soldados con un sólo uniforme, o un montón homogéneo sin diferencias.

La congregación está constituida por “piedras vivas”, aunque sabemos también que asisten no creyentes. La cantidad de personas creyentes y no creyentes la conoce solamente Dios. Los hipócritas a veces nos engañan. Sabiendo que ambas clases de oyentes vienen a la iglesia, el predicador no debe anunciar y proclamar solamente como un heraldo, sino que, también debe alimentar la grey (congregación).

Es cierto que el creyente “conoce todas las cosas”. Esto no significa que puede vivir sin oír la Palabra. Al contrario, el que ha recibido la vida del Hijo de Dios, necesita su Palabra aún más que antes. Ha escuchado y cree en el evangelio, y se salvará mediante el mismo mensaje, si persevera en él (1 Co. 15:1-2). Por oír y creer tiene una necesidad de toda la riqueza que viene de la boca del Señor. Se deleita en la ley de Jehová (Sal. 1).

La Palabra de Dios no solamente crea algo nuevo (Gén. 1:1), sino que continúa creando mientras estemos en este mundo (1 P. 1:23; 2 P. 3:1-2).

La comunión entre Dios y el creyente se crea y se mantiene por su Palabra. Juan 14:21: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama...”

Juan. 14:23: “El que me ama, mi Palabra guardará, y mi Padre le amará...”

Juan. 14:26: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho”.

La obra del Espíritu Santo es recordar a los oyentes lo dicho por Jesús. El Espíritu Santo no trae algo nuevo, sino que explica las palabras de Jesucristo para vivificarlas. De esta manera glorifica a Jesús.

Se debe repetir el mensaje a los cristianos, a pesar que lo escucharon anteriormente, porque necesitan oírlo siempre. Toda la vida nueva, su fe y su comunión con Jesús están relacionadas con la Palabra. El creyente va a la iglesia no solamente por costumbre, sino por necesidad.

Resumiendo, podemos decir que el predicador tiene que:

1. Proclamar
2. Hacer recordar
3. Testificar

Todo esto es responsabilidad del predicador, imagínense, es su deber en *cada* predicación. ¡Verdaderamente es una tarea difícil y complicada!

Martín Lutero dijo: “Un predicador no tiene que orar el Padre Nuestro pidiendo perdón por su predicación porque no ha sido un buen predicador. Más bien tiene que “jactarse” como Jeremías diciendo: Señor, tu sabes que lo dicho por mi boca es verdad y agradable para ti. Como Pablo y todos los apóstoles declaran confiadamente: ¡Así, dice el Señor! Y, además: He sido un buen profeta y un apóstol verdadero al predicar este mensaje”.

¿Es bíblico pensar de esta manera? ¿Debe el predicador “jactarse” y actuar completamente seguro?

Antes de dejar el tema, debemos admitir que muchas veces hemos sentido el fracaso, y a menudo tuvimos que pedirle perdón a Dios por nuestra predicación. Quién de nosotros no ha sentido la tristeza de bajar las gradas del púlpito diciéndose: Esta vez prediqué mal porque faltó claridad, faltó vida y poder. Y peor aún el mensaje no llegó al corazón del oyente.

Es cierto que el predicador fracasa de vez en cuando. Pero esto no contradice lo que dijo Lutero. Lo importante es que el predicador conozca el misterio de la predicación, o sea, si sabe cómo actuar y vivir como un predicador de Dios. Las palabras de Lutero crean en nuestros corazones las siguientes preguntas: ¿Por qué subes al púlpito? ¿Quién te dio la autoridad? ¿Cómo sabes que predicas la Palabra de Dios? Un predicador enviado por Dios no habla acerca de sus propios pensamientos. Tampoco comparte sus propias ideas sobre importantes temas religiosos. Y si lo hace, poco a poco los oyentes perderán el interés. Las

opiniones propias no podrán llamar la atención de los oyentes domingo a domingo.

Hay dos temas principales que debemos tocar. En primer lugar, la autoridad del predicador y su poder de predicar la Palabra de Dios. En segundo lugar, la fuente y la manera de recibir la Palabra. En otras palabras: ¿Quién envió al heraldo a proclamar la Palabra de Dios? ¿Y dónde encuentra éste la Palabra que proclama? Primero, trataremos el último tema.

### **3. La Predicación como la Palabra de Dios**

Todos los predicadores dicen que predicán la Palabra de Dios. Pero a veces no lo hacen. La pregunta es: ¿De dónde reciben sus mensajes? O ¿De dónde tienen que sacar su mensaje?

La respuesta parece fácil, pero no lo es. No es suficiente leer un pasaje bíblico. Cualquiera puede hacerlo, pero esto, puede no llegar a ser una predicación.

El teólogo alemán, Friedrich Schleiermacher (1768-1834), dijo que la obra de la predicación es describir la vida religiosa de los miembros de la iglesia, o sea: el sentimiento religioso y la dependencia de Dios.

Un teólogo norteamericano dijo que no existe mejor fuente que nuestra propia alma. El tema debería ser la vida espiritual del ser humano. Para ellos la Biblia es considerada como un resumen de las experiencias religiosas de los primeros cristianos. Entonces la Biblia no puede ser su única base y fuente. Schleiermacher dijo: “La persona que *entiende* la Escritura como algo vivo, de una manera



directa y que la necesita para sí mismo, tiene la religión correcta, y no la persona que solamente la cree”.

Este punto de partida no tiene la finalidad de rechazar la Escritura. Incluso la usan. Schleiermacher era sacerdote y predicador, y utilizaba la Biblia. Muchas veces explicaba la Biblia versículo por versículo. Pero nos preguntamos: ¿Cómo utilizó la Biblia? Notamos que criticaba mucho de lo escrito en ella. Siempre trataba de comprenderla en analogía (asemejándola) con la conciencia humana natural. O sea: Parecía que sabía de antemano lo que es el cristianismo. Lo sabía según su conciencia religiosa, sin la necesidad de conferir con la Biblia misma. Para él existía parentesco entre el Espíritu divino y la razón humana. Cuando Schleiermacher predicaba no era la Palabra misma que hablaba sino su propia conciencia religiosa.

La iglesia verdadera conoce solamente dos posibilidades para saber algo acerca de lo espiritual y religioso. O se trata de pensamientos del interior del hombre, es decir de la conciencia religiosa, o que solamente las Sagradas Escrituras nos comunican la verdad. No cabe duda de que la Biblia fué la única fuente real para los primeros cristianos.

Ya vimos que se puede utilizar la Biblia, aunque la predicación en realidad se base en otra fuente, en una fuente falsa. A veces se nota esto cuando el predicador polemiza abiertamente con la Biblia. Otras veces no se descubre porque parecería que la Palabra misma habla. Una investigación más profunda quizás pueda revelarnos otra cosa.

Quizás hemos escuchado que el predicador utiliza el texto bíblico como un “trampolín”, donde toma impulso para entrar al agua. El texto se lee, pero no se explica. La

predicación se trata de un tema que no se encuentra en el párrafo leído. Ejemplo: El predicador que leyó Mateo 17:20 antes de negar que existen milagros. A veces se contradice lo leído, otras veces el tema principal se pierde totalmente, mientras algo menos importante ocupa el lugar central de la predicación. Un ejemplo de esto puede ser el predicador que utilizó el texto del Domingo de Resurrección para hablar de la victoria sobre la opresión y el materialismo. Otro ejemplo puede ser el texto de Mateo 25, que explica el juicio de Dios y no el deber del hombre de mostrar compasión por los necesitados, de esta manera el tema de la salvación y la condenación se pierde totalmente. El resultado es que el oyente saldrá del culto con el deseo de ayudar al prójimo en vez de reflexionar sobre su propia situación y la necesidad de estar preparado para el día del gran juicio.

Lutero tenía una descripción precisa sobre tal tendencia: Él lo llamó ensueño e hipocresía. “Los hipócritas son los espíritus que se jactan de tener el Espíritu sin y fuera de la Escritura, y luego, juzgan, interpretan y maltratan la Palabra según sus propios deseos... Eso viene del diablo mismo y la serpiente antigua que tentó a Adán y Eva para extraviarlos de la Palabra y hacerlos caer en una espiritualidad e imaginación falsa... Por eso Dios nos quiere tratar únicamente por medio de la Palabra visible y los sacramentos”.

Ahora, ¿Cómo puede el predicador compartir la Palabra de Dios? ¿Y de dónde la recibe? Veamos entonces en la Palabra misma, y vamos primeramente al Nuevo Testamento donde hay una expresión típica acerca de la predicación. Jesús y los apóstoles “enseñaban”. ¿Qué significa “enseñar” en el sentido bíblico de la palabra?

Para muchos “enseñar” significa explicar algo que se estudió previamente. Un profesor tiene que prepararse de antemano y un filósofo tiene que pensar y reflexionar sobre el tema que expondrá. De esta manera “enseñar” es sólo algo humano, y la predicación pierde el aspecto de revelación divina.

En la Escritura -tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo-, “enseñar” significa algo más (Sal. 86:11). Quiere decir algo absoluto. Josafat y sus profetas “enseñaban” a la gente (2 Cr. 17:7-9). La enseñanza explicaba lo determinado por Dios y apuntaba al hombre entero, su vida interior y exterior, su corazón, su voluntad, revelando absolutamente todo lo que hay en el hombre y la ira de Dios sobre la rebeldía. “Y cayó el pavor y el miedo de Dios sobre la gente” (2 Cr. 17:10). Así es la Palabra de Dios, viva y eficaz, no es como cualquier otro mensaje.

La doctrina y la enseñanza bíblica no son de interés solamente para el intelecto. No involucra únicamente la capacidad de razonar, sino también a la voluntad humana. Pero se cree con el corazón. La doctrina no solamente se la debe conocer, sino que uno tiene que vivir *en y por* ella. Por esto, la Biblia enfatiza mucho la sana doctrina (1 Ti. 1:10). La interpretación de la Ley, por ejemplo, se llama “enseñar” en 2 Crónicas 17:9.

En una ocasión y al respecto, Jesús dijo a Nicodemo: ¿Eres tu maestro de Israel, y no sabes esto? La idea no era que Nicodemo tenía que ser un buen filósofo o un sabio según el pensamiento de los estoicos. Un maestro de Israel, debía ser un hombre que conocía la Palabra revelada en los Escritos Proféticos, y que enseñaba a la gente la voluntad del Señor. O sea, hoy en día: Un maestro y profesor en

el sentido bíblico, una persona que enseña y explica el camino de Dios mediante la Escritura (Mt. 22:16). Jesús enseñaba con autoridad (Mt. 7:28-29). Los discípulos hicieron lo mismo (Hch. 5:42). Enseñar implica interpretar la Escritura. En Hechos 15:1 encontramos a algunos que enseñaban la ley de Moisés, pero Pablo los contradijo reprendiéndolos en la carta a los Gálatas. Allí el apóstol, demostró que ellos enseñaban una falsa doctrina, luego él interpretó y enseñó la Escritura de manera correcta.

Lutero distingue entre la doctrina de los profetas, los apóstoles y los pensamientos humanos. Predicar la Palabra de Dios es “repetir” lo que dicen los profetas y los apóstoles. Esto no significa algo solamente mecánico, sino que incluye un testimonio personal. En cuanto al contenido no podemos cambiar nada. Nuestros pensamientos religiosos no valen nada. Estamos obligados a sentarnos a los pies de los grandes profetas y apóstoles. Por todo esto, entendemos que:

#### **4. Toda predicación es una interpretación de la Escritura**

Ya dijimos que el predicador no es un filósofo, sino un intérprete de la Biblia. Su fuente no es su propia sabiduría o su sentimiento religioso, sino la Palabra revelada. En primer lugar, la substancia de su predicación es el testimonio de los profetas y los apóstoles. En segundo lugar, y menos importante, tenemos la experiencia humana y el razonamiento del hombre. El predicador bíblico no apela solamente al intelecto, sino que le es necesario invocar al Espíritu Santo y hablar de cosas espirituales que no se entienden con la mente, sino que se creen con el corazón.

La predicación no es sabiduría humana, o excelencia de palabras, sino que es una demostración del Espíritu y del poder de Dios (1 Co. 2:1-5).

La experiencia cristiana vale mucho, pero la fuente de la predicación tiene que ser la Palabra de Dios, lo que dice la Escritura.

¿Cómo es la predicación en el día de hoy? Quizá no se escucha algo que contradice la Biblia abiertamente. Existen falsas doctrinas, pero la mayoría de los predicadores desean compartir la Palabra de Dios. ¿Todo está en orden entonces? Obviamente que no.

Muchos opinan que el predicador debería usar un lenguaje más sencillo para hacerse entender mejor. Algunos quieren deshacerse del lenguaje “espiritual” de la Biblia, o sea de todas las expresiones y palabras bíblicas que no se entienden, y desean sustituirlas por algo moderno. Reemplazar todo lo que es antiguo y está fuera de moda. No cabe duda de que el idioma cambia poco a poco, y es cierto que la gente necesita escuchar el mensaje en su “propio” idioma. Pero esto no constituye el problema o la crisis más grande de la predicación en el día de hoy. Actualmente la falta más grande de la predicación se refiere a la substancia bíblica, es decir el contenido. Muchas veces solamente se escuchan pensamientos y sentimientos humanos.

Mencionaré dos ejemplos típicos:

1. La predicación solemne
2. La predicación actualizada

Con la predicación solemne entendemos que se trata de un mensaje sentimental y agradable. Por ejemplo, este tipo

de predicación se escucha muchas veces en Navidad. El mensaje sobre el dulce niño Jesús, llega a ser una linda historia para todos. El religioso acepta fácilmente esta clase de predicación, porque le falta la advertencia sobre la seriedad del pecado y el llamado al arrepentimiento. Y de esta manera él puede seguir durmiendo en su pecado.

El mismo error se comete muchas veces en la ceremonia del matrimonio. La combinación de la música, la participación del cantor y el dulce mensaje del predicador nos “levanta” de la tierra un momento, para “volar” en una atmósfera más alta. Martín Lutero nos enseña cómo predicar correctamente en las bodas en su libro “Traübüchlein” que es una colección de sermones para bodas. Allí nos habla del matrimonio como algo instituido por Dios, algo que debe durar toda la vida, sobre la relación entre los esposos, sus deberes, como enfrentar los problemas, cual es el propósito del matrimonio, que la meta no es solamente que los esposos sean buenos compañeros de vida, sino también tener y educar hijos.

Otro error muy grande se comete cuando el predicador quiere ser muy actual, y habla solamente sobre política, como mejorar el planeta, el papel del cristiano en el mundo, etc. Esta clase de charla o conferencia que no tiene su base en la Palabra revelada de Dios, no tiene mucho valor porque le falta la luz del Señor. Solamente cuando Él da luz sobre nuestra situación, podemos ver con más claridad la realidad que nos rodea.

Estos dos ejemplos, la predicación “solemne” y la predicación que pretende ser actual nos muestran la necesidad de la sustancia bíblica. Y la conclusión es que no

existe ninguna predicación cristiana sin una interpretación correcta de la Escritura.

Cualquier predicación que no se basa en la Palabra llega a ser únicamente “legalismo”. ¿Por qué es así? Porque para la mente humana el evangelio no es algo entendible. Es solamente la ley lo que se entiende. Los pensamientos del hombre se encuentran en el “plano” de la ley. Los requisitos de la ley son entendibles, y nunca faltará la tendencia de agradar a Dios por las buenas obras. El evangelio –al contrario– es “cosa que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido en corazón de hombre”, o algo que “Dios reveló a nosotros por el Espíritu...” (1 Co. 2:9-10). Somos muy lentos para entender el evangelio. Y se requiere una sabiduría divina para predicarlo.

Si la predicación no tiene la Palabra de Dios como base y punto de partida, no puede ser otra cosa que legalismo. Debido a la falta de substancia bíblica escuchamos mucho acerca de la conversión, la obediencia, los deberes, la oración, la meditación, las tareas y los esfuerzos de un “buen” cristiano, pero poco acerca de la obra salvadora de Jesús que nos puede dar perdón de nuestros pecados.

## **5. El Espíritu y la Palabra**

Cuando el predicador dice sinceramente: ¡Así dice el Señor!, lo hace porque conoce bien la Palabra y sabe que la Santa Escritura es la Palabra revelada por Dios.

El teólogo alemán, Johann Albrecht Bengel (1687-1752), dice en su comentario de 2 Ti. 3:16: “La Escritura está inspirada divinamente, esto no sólo significa que los autores fueron inspirados al escribir, sino que Dios inspira al lector que lee la Biblia y al oyente que escucha

el mensaje, porque es el Espíritu Santo quién nos revela a Jesús”.

Aquí se dicen tres cosas importantes:

1. El Espíritu Santo inspiró a los autores que escribieron el mensaje.
  2. El Espíritu Santo revela la Biblia a los oyentes y a los lectores.
  3. La Escritura da luz sobre Dios, para que lo conozcamos.
1. Dios dió a los autores la autoridad de hablarnos a nosotros como sus representantes, y en su lugar. La Biblia no fue escrita bajo dictado. Los autores investigaron con diligencia (Lc. 1:3).

A pesar de esto se llama la Palabra de Dios, porque fue inspirada por Él. No eran sabios que compartían cosas que habían experimentado o pensado, sino mensajeros enviados con la autoridad del Señor.

Un filósofo puede tener más conocimiento que el hombre común, pero es diferente solamente de forma relativa. Un apóstol es diferente a nosotros porque fue llamado por Dios, y le fue dada autoridad divina. Al apóstol se lo cree o se lo rechaza. Platón se expresa quizás mejor que Pablo. Su estilo y lo estético de su mensaje supera al de Pablo. Pero la diferencia entre los dos es enorme porque Platón no tiene ninguna autoridad.

Hoy en día se ve que la autoridad muchas veces depende del título de la persona. El ejercer el oficio de obispo o de papa es lo que le da autoridad a esta persona.



Este punto de vista no se encuentra en el Nuevo Testamento y era algo extraño para los reformadores. Para ellos la Palabra era lo primero y el oficio era solamente necesario para predicar el evangelio. Pablo esperaba fruto inclusive de los predicadores que anunciaban el mensaje por contención, por envidia o contienda (Fil.1:15-18). La reforma aceptó a predicadores laicos. En el tiempo de la Ortodoxia estuvieron a punto de olvidar esto. Entre los bautistas y los pentecostales piensan que la autoridad depende de la espiritualidad del predicador. Entre más espiritual sea el mensajero, mejor será el mensaje. Nosotros enseñamos que la autoridad se encuentra en la Escritura misma. Es ella que ilumina por sí sola.

Cuando se pregunta a un predicador: ¿De dónde tienes la autoridad para decir que tu mensaje es mejor que la enseñanza de un musulmán? Éste puede responder: Está escrito en la Biblia. Es la Palabra de Dios escrita por los apóstoles y profetas. Tienes que aceptarlo por fe o puedes rechazarlo por ignorancia. Por eso no discutiré esto contigo. El requisito para hablar de esta manera es que consideremos que la Biblia es “clara”. Muchos niegan esto. La Iglesia Católica por ejemplo dice que la Escritura es “oscura”. Por eso se necesita la interpretación de sabios maestros, y el papa tiene al final una interpretación autoritaria. La Palabra es oscura e incompresible, por esto, tiene que ser interpretada por la iglesia –dicen.

Este es el pensamiento común acerca de la Biblia. Erasmo de Róterdam (1466-1536), sostenía este punto de vista ante Martín Lutero. Pero el reformador no quiso escucharlo. Para Lutero era muy importante que la Escritura sea considerada clara y nítida. Lutero decía: “Los que dicen que la Escritura es un libro oscuro, se parece a lo

que dice la gente, cuando dice que el pozo está escondido, aunque éste se encuentre en la plaza. Lo que pasa es que esta gente se encuentra muy lejos de la plaza, en el campo”.

La claridad de la Escritura no significa que el hombre llega a entenderla con su propia mente. Porque siempre se necesitará la luz del Espíritu Santo para comprenderla. La Palabra es clara, pero el hombre es “necio”. Si una parte de ella no se entiende, no tenemos ningún derecho de cambiarla y buscar expresiones más entendibles. Podemos perder el sentido o el contenido deseado por Dios.

2. Lutero dijo que la Escritura tiene una claridad “externa”. Debido a eso no se necesita ninguna instancia externa – o sea, ninguna persona o papa – para interpretarla; Lucas 24:25-27;31-32, nos muestra que eran los discípulos quienes necesitaban luz y revelación para entender las Escrituras. Cuando Jesús abrió sus ojos, pudieron ver lo que estaba escrito, y la Palabra les pareció clara y entendible.

También hablamos de una claridad “interna”, o mejor dicho de una “revelación” interna. Porque a veces el lector no capta nada de lo que está leyendo. Las palabras le parecen “muertas”, sin vida y actualidad. Pero de pronto, el mensaje cobra vida, y llega a ser para él algo que toca su corazón pues se dirige directamente a él. Lutero dijo que la Escritura es más una voz que un libro. “El evangelio es una predicación oral y una palabra viva”.

Cuando el Espíritu Santo vivifica el mensaje, el alma se encuentra ante el gran tribunal. Tal experiencia es lo básico para la vida con Dios. La tarea de la predicación es la de vivificar la Palabra de esta manera, para que cada oyente

pueda encontrarse con el Dios vivo. Es el Espíritu de la Biblia misma que causa tal efecto.

La tarea del predicador es entonces triple:

- a. Tiene que vivir en la Santa Palabra, leerla y meditar en lo que está escrito en ella.
  - b. Debe predicar el mensaje bíblico, siendo discípulo de los profetas y los apóstoles.
  - c. Necesita practicar la oración, cuando lee su Biblia y cuando predica, para que el Espíritu pueda vivificar la Palabra, tanto para el mismo como para los oyentes. La predicación bíblica siempre nace en la oración.
3. El centro y la luz de la Biblia es Jesucristo. “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39).

Dios es el sujeto de la predicación. Cuando alguien habla a la congregación tiene que hablar como enseña la Palabra. ¿Y qué dice ella? Ella habla acerca del Hijo. El Hijo habla sobre su Padre (Jn. 16:25). La obra del Espíritu Santo es la de glorificar a Dios Padre y al Hijo. “El Espíritu me glorificará dice Jesús” (Jn. 16:14): “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo” (1 Jn. 5:11). El que no ha entendido la Santa Escritura como el testimonio de Dios sobre su Hijo, no ha comprendido nada de la Biblia. El que no ha predicado el testimonio de los profetas y de los apóstoles como un testimonio acerca de Cristo no nos ha enseñado la Biblia.

Si la fuente de la predicación es la Escritura, debemos evitar que se utilicen las citas bíblicas sin que se predique

acerca de Cristo. Los adventistas, por ejemplo, usan la Biblia, como la fuente en el sentido de un diccionario. Allí pueden encontrar mucho acerca del mundo y los acontecimientos antes del reino venidero acá en la tierra. Los temas escatológicos llegan a ser solamente un pronóstico de lo que sucederá en el futuro, pero el testimonio vivo sobre Jesucristo que volverá a juzgar a los vivos y a los muertos se pierde completamente.

Nuestra tarea como predicadores también es la de “presentar a Jesús ante los ojos de los oyentes como crucificado” (Gál. 3:1).

Sobre el altar en la Iglesia Estatal de Wittemburgo (Alemania), hay un cuadro que ilustra a Lutero como predicador. Lutero está parado detrás del púlpito con su Biblia abierta. Con el índice de su mano izquierda señala el libro. Con su mano derecha indica al Cristo crucificado que parece estar entre él y la congregación. Los oyentes no ven a Lutero, sino que miran a Cristo en la cruz.

Esto es precisamente lo que significa predicar: Presentar a Cristo en la Biblia abierta. Es cierto que el tema debe ser tanto ley como evangelio. Pero ambos pierden su valor si no están en una relación estrecha con el testimonio que el Padre ha dado acerca de su Hijo.

Quizás te preguntas como Pablo: “Y para estas cosas, ¿quién es capaz?”

Responderemos: Nadie es capaz. De nosotros mismos no podemos extraer nada. Pero tenemos la Palabra de Dios, las Sagradas Escrituras, y predicamos sin temor sabiendo que Jesús mismo nos ayuda, confirmando la Palabra con las señales que le acompañan (Mr. 16:20).

## **LA PREDICACIÓN Y LA FE**

Alguien dijo: “Cada palabra tiene que ser vivida antes de ser predicada”. Es cierto que muchas veces se escuchan palabras santas de labios inmundos, que no fueron tocados por el fuego del altar. Algunos jóvenes que deciden estudiar en un seminario, por ejemplo, pueden ser personas sin un compromiso con el Señor. Incluso algunos no tienen ningún llamamiento y no experimentaron una conversión personal. Entre ellos hay algunos que se orientan hacia la ortodoxia, tratando de ser conservadores, sólo para compensar la falta de una auténtica conversión. Otros critican lo establecido y los dogmas, predicando una falsa libertad.

Es lógico que no se pueda predicar solamente cosas que hemos experimentado. Podemos mencionar ejemplos como la concepción y la resurrección de Jesús. A un predicador le preguntaron una vez: ¿Por qué no predicas acerca de los sacramentos? La respuesta fue, que los sacramentos le eran un poco difíciles de entender, y que la Santa Cena no le había dado aún algún provecho y algo positivo. Algo que no le había ayudado a él, tampoco podría ayudar a otros, decía.

No cabe duda de que una predicación que ha sido experimentada es mejor que algo muy dogmático que carece de vida. El sueco Waldemar Rudin (1833-1921) dijo a un predicador cuando éste bajo del púlpito: “Predicaste lo que

conoces a fondo. Por eso, conocimos a fondo lo que predicaste”.

Pero existen dos objeciones en contra de ésta posición: En primer lugar, se olvida que la Palabra tiene poder en sí misma. En segundo lugar, no se deben separar las palabras “kerygma” (mensaje/proclamación) y “martyria” (testimonio). Para algunos el mensaje es algo determinado, pero el testimonio es diferente, o sea: es sólo lo que el predicador ha experimentado. El mensaje y el testimonio se consideran como dos círculos concéntricos, el primero más grande que el segundo. El mensaje contiene toda “la verdad”. Pero se da testimonio sólo de lo que uno ha visto y creído. La meta, es que el círculo más pequeño (el testimonio) crezca y que disminuya la diferencia entre los dos círculos. Entre más pequeña sea la diferencia, más amplia llegará a ser la predicación.

Esta posición no se basa en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, veamos la cita de 1 Corintios 15. Pablo repite primeramente los temas centrales del evangelio que había predicado (keryssomen, v.11). El mensaje (“kerigma”) fue la doctrina acerca de la muerte y la resurrección de Jesucristo. El verso 15 habla sobre lo mismo, y acá Pablo utiliza la palabra “martyrion” (testimonio): “Hemos testificado (griego: “emartyresamen”) de Dios, que él resucitó a Cristo”. Consecuentemente la doctrina acerca de la muerte y la resurrección de Jesucristo es “kerigma” y “martiria” a la vez. No hay diferencia entre las dos. Pablo “testifica” y “predica”. Ofrece a sus oyentes lo que él había recibido y experimentado. Esto se llama “testificar”. Cuando Pablo predicó acerca de la Santa Cena, no lo hizo porque el sacramento le daba sensaciones religiosas. No, lo

hizo porque lo había recibido como algo instituido por el Señor. Por eso lo compartió con sus oyentes (1 Co. 11:23).

El teólogo suizo, Karl Barth (1886-1968), escribió en su libro “*Der Christ als Zeuge*” (El cristiano como testigo): Dios tiene un pleito con los hombres. Los acusa por sus pecados y les habla acerca de lo que él hizo para su salvación. Para transmitirles esto, utiliza testigos, primeramente los profetas y luego los apóstoles. Dios es el primer testigo. Y ellos repiten su testimonio. Cuando nosotros testificamos, solamente somos sus alumnos, compartiendo a los oyentes el mismo testimonio. El testigo no dice: “Yo tengo algo para ustedes”. Es cierto que tiene un mensaje importante, pero debe repetir solamente lo que está escrito en la Biblia. Si alguien te pregunta: ¿Cuál es tu mensaje?, puedes responder: “Acá en la Biblia está escrito todo” (Hasta aquí Karl Barth).

Barth quería alejarse de lo subjetivo. “Testificamos únicamente con palabras”, dijo. “En el caso de Esteban el mártir, sus palabras fueron un mejor testimonio que sus sufrimientos”, afirmó. El significado del “testimonio” para Barth era pronunciar el testimonio de la Biblia más que llevar una vida cristiana correcta o relatar experiencias religiosas relativamente subjetivas.

Su punto de vista tiene argumentos muy bien fundados y legítimos. Nuestra tarea llega a ser la de estar al lado de Dios proclamando su “kerygma” (palabra). El predicador que ha pasado por pocas experiencias espirituales hallará consuelo en el punto de vista de Karl Barth.

Sin embargo, el error de Barth es que termina con un punto final allí. Y no dice nada acerca del testimonio cristiano.

Nosotros estamos convencidos de que existe algo que llamamos “el testimonio con nuestras vidas” (Jn. 5:36 y He. 2:4), aunque las palabras valen más que las obras.

Añadiendo a esto tenemos que mencionar que nadie “entiende” el evangelio sin haberlo “experimentado” y “recibido” como de su propiedad espiritual, (1 Co. 2:14): “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”.

La experiencia de la fe es la base para entender el contenido del evangelio. Un incrédulo también puede enseñar la doctrina ortodoxa en forma correcta. Existe la fe “correcta”, aunque puede estar muerta. Sin embargo, la predicación correcta de un predicador “muerto” puede ayudar a un alma. Aunque existen pruebas de esto, normalmente no es así. “Lo que abunda en el corazón, prédica la boca”, dijo Jesús (comp. Mt. 15:18-19).

Si el predicador no recibió el evangelio, tampoco lo predicará con frecuencia y con claridad. Predicará otras cosas, que le parezcan más importantes. Así, el evangelio se irá perdiendo y la ley ocupará más y más campo. Este predicador tampoco tendrá conocimiento de la conversión, las pruebas, las necesidades, las luchas y las victorias cristianas.

Existe también el peligro de perder poco a poco este conocimiento, si un predicador se aleja de la comunión con Jesucristo. Tal experiencia espiritual es muy importante para predicar. La Confesión de Augsburgo dice: “Toda ésta doctrina (acerca de la salvación por fe), se deriva de la lucha de la conciencia espantada y asustada. Sin esa lucha previa no se entiende la doctrina acerca de la fe. Por eso,



los predicadores sin ésta experiencia hablan mal acerca de este tema”.

Martín Lutero habló mucho sobre la experiencia diaria con Dios. Las pruebas espirituales son necesarias para el predicador, porque le enseñan la dependencia de la Escritura. Como ejemplo menciona la alabanza de María (Lc. 1:46-55). Según Lutero, ella transmite algo que había experimentado, porque nadie puede entender la Palabra de Dios sin tener el Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo el único y verdadero maestro de estas cosas. Fuera de su “escuela” se enseñan solamente cosas vanas, palabrerías e insensatez, según Lutero.

Por eso Lutero habla mucho sobre tener una buena preparación para la vida cristiana. Dios nos guía por “cruz y pruebas”. Lutero utilizaba la palabra “*anfechtung*” (atacarle a uno con espada) para describir la prueba más dura en la vida de un creyente, como por ejemplo fue en el caso de Job, cuando Dios permitió que Satanás lo ataque y pruebe su fe. Fue como si fuera con una espada, para matarlo. Satanás no hirió solamente a Job, sino que tocó a toda su familia y todo lo que tenía. La persona que ha sido probada en su fe (ejemplo: Abraham cuando tenía que ofrecer su hijo) puede consolar a otro que pasa por una prueba parecida. El que ha luchado con Dios en oración por mucho tiempo sin respuesta, pero que al fin puede descansar en Dios y en su voluntad, está más capacitado para ayudar a otras personas que están en la misma situación. Tener experiencias de esta clase le ayuda a uno a llegar al corazón del oyente con ánimo y consuelo.

La experiencia de la fe es el requisito *más* importante para predicar en forma correcta. También es un requi-

sito para hacer llegar el mensaje al oyente. Una cosa es entender el contenido, otra es explicarlo de tal manera que el oyente lo entienda. La Biblia tiene claridad en sí misma. Esto significa que Jesucristo muerto y resucitado, es la llave que lo abre todo. Si lo conocemos a Él, recibimos “todo”. Durante la vida cristiana aprenderemos más cosas. Pero desde el nuevo nacimiento tenemos un entendimiento de todo. Por esto, predicamos “todo”, es decir: un solo evangelio “vestido” de diferentes trajes, o sea el mensaje de Cristo utilizando una variedad de textos bíblicos.

Un pensamiento erróneo hoy en día es que el evangelio se capta y se entiende rápidamente. Después, necesitamos algo más. Buscamos entonces algo suplementario, algo que podamos añadir a la cruz y a la resurrección de Jesús. Por supuesto, el evangelio sobre el crucificado es importante, se afirma, pero la predicación sobre el Espíritu Santo y los milagros son más actuales ahora. Otros dicen: La doctrina es importante, pero la vida y la práctica valen más. Esto es nada menos que un falso intelectualismo. Ellos piensan que “conocen” el evangelio. Ya dijimos que el evangelio no se recibe una sola vez y para siempre. El evangelio es mas bien algo extraño porque se necesita todo el tiempo. Es por el evangelio que respiramos y vivimos diariamente, hasta que Dios nos lleve a través la muerte a la vida eterna.

La preocupación más grande del predicador debe ser profundizar más y más en el evangelio y andar conforme a la voluntad del Espíritu Santo, sin olvidarse del uso de la Biblia y así, alejarse de Dios. Así podrá salvarse a sí mismo y a los que le oyen (1 Ti. 4:16).

## **LA IMPORTANCIA DE LA PREDICACIÓN**

Los reformadores luteranos enseñaron que la predicación era el centro y lo más importante del culto cristiano. La omisión de la Palabra de Dios en la Iglesia Católica fue para Lutero el error más grande. Cualquier otra miseria se debía a esto. Para él no existía cosa más importante que la predicación de la Palabra de Dios.

Ahora tenemos que repetir esto. Muchos piensan que existen otros medios que son más eficaces para extender el reino de Dios. Y los que defienden la predicación como lo más importante no saben siempre el porqué.

No podemos negar que la predicación muchas veces es desacreditada. Ahora no pienso en las personas indiferentes. Porque a ellos les interesa poco el cristianismo. Pero lo peor es que los miembros de nuestras iglesias sean escépticos en cuanto a la predicación como un buen método en el reino de Dios. Opinan que hay pocos resultados, y quieren saber de otros medios más adecuados y efectivos. Por eso hay un montón de métodos que se utilizan hoy en día.

El arte se considera algo muy útil. La música y la pintura, por ejemplo, son métodos preferidos por muchos, porque pueden influir en las personas que normalmente no visitan la iglesia. Según este pensamiento, la música sacra puede causar un sentimiento edificante y tener influencia religiosa,

Si los sentimientos y las emociones valen más que la educación cristiana, el músico llegará a ser más importante que el predicador. Pero ni la música ni otro arte pueden edificar a la iglesia en el sentido bíblico de la palabra. Lo que se necesita es una exposición clara de la obra salvadora en Cristo Jesús. La música puede tener el efecto de “abrir” nuestras mentes para recibir el mensaje, o sea: prepararnos para prestar más atención. Por eso en el tiempo de la Reforma se solía tocar un “preludio” (música introductoria ejecutada en órgano al comienzo del culto). Y al final del culto se tocaba un “postludio” de carácter meditativo para ayudar al oyente a no olvidar lo que había escuchado y guardarlo en su corazón. Pero la música sola, sin texto, no puede ser una predicación cristiana.

Un cuadro pintado es menos adecuado todavía. Para comprender cuál es la idea del cuadro necesitamos un intérprete que nos dé una explicación. Uno que conoce el evangelio se conmoverá al ver un cuadro del Salvador en la cruz, pero un incrédulo que nunca ha escuchado el evangelio, opinará que el cuadro representa solamente crueldad y sufrimiento. Él necesita una interpretación.

El testimonio de vida del creyente necesita la misma explicación. Sin el testimonio de la boca no se entiende el evangelio. Por ejemplo, 1 Pedro 3:1 dice que las esposas pueden ganar a sus esposos mediante su vida. Y Jesús dice que debemos ser como sal y luz en este mundo. Esto es importante, pero no dice que se salvan *sin* oír la Palabra. ¿Acaso lo dicho en Romanos 10:17 no tiene valor? Allí está escrito que la fe viene por el oír. La expresión “sin palabra” en la cita de 1 Pedro 3:1 no significa “sin la predicación del evangelio”. Más bien significa que la vida, o sea el buen ejemplo vale mucho, y puede derribar la oposición

y abrir un camino para el evangelio. Siempre habrá más respeto por un cristianismo que se practica. La persona que “vive” lo que “cree” es mejor embajadora del evangelio que una persona que “contradice” con su vida lo que “confiesa” con su boca. Filipenses 2:15-16 dice: “para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de la cual resplandecéis como *luminas* en el mundo; *asidos de la palabra de vida...*”. Al fin y al cabo, no hay luz verdadera en el mundo sin la Palabra de Dios.

Una vida cristiana puede ser un buen testimonio, es verdad. Pero le falta algo si no está acompañada de la predicación del evangelio. Una persona “santa” puede ser un buen ejemplo. Pero sin el testimonio oral no se sabrá nada acerca de la fuente de su vida santa, o sea el porqué esta persona vive correctamente. “El testimonio sin palabras está en el plano de la ley”. Sólo cuando se explica el misterio del evangelio, se conocerán las fuentes y las razones de la vida cristiana, y estaremos en el “plano del evangelio”.

El testimonio “silencioso” también se puede comparar a un símbolo. El símbolo me dirá mucho si lo conozco. Por ejemplo, personalmente me dice mucho que las letras alfa y omega, aparezcan juntas, en la frase: *Dios, el que es alfa y omega*, porque significa algo para mí. Pero, para una persona que no sabe de esto, no le dirá absolutamente nada. Por eso concluimos que el testimonio “pronunciado” con palabras tiene más valor, especialmente si está acompañado por una vida correcta.

Cuando la Palabra misma llega a ser lo más importante, también se pondrá énfasis en la predicación. Lo normal es que la predicación se considere como lo más útil y necesario

en nuestras iglesias. No cabe duda de que Dios nos dió la Palabra como el único medio para crear y mantener la fe en nosotros.

Algunas iglesias prefieren el uso de los sacramentos en vez de dar lugar a la predicación. Algunos dicen que el creyente *vive* mediante los sacramentos y que la predicación tiene que empujarle a que éstos se utilicen. Esto coincide con la enseñanza de la Iglesia Católica Romana. Tomás de Aquino dijo que la autoridad del sacerdote consiste en dos cosas. Primero, se trata de consagrar y santificar el cuerpo de Cristo (el sacrificio de la misa). Luego, su tarea es preparar al pueblo de Dios para recibir este sacramento. Para eso – dijo – sirve la predicación.

El punto de vista evangélico es muy diferente. Lutero admite que el evangelio obra de distintas maneras y mediante diferentes medios, no por la predicación únicamente, sino por el Bautismo, la Santa Cena y la Absolución, por ejemplo. También menciona, algo que es de mucha bendición para los creyentes, es la comunión entre creyentes, donde un hermano puede aconsejar, instruir y animar a otro. Pero Lutero enfatiza que el cargo oficial de la iglesia evangélica es la predicación: “La Palabra es lo principal y constituye el sacramento superior”.

Un luterano dijo que la predicación es como la fuerza de atracción de un campo magnético. Todas las otras tareas de un pastor tienen que subordinarse a ella.

Inclusive los sacramentos tienen que ser interpretados y explicados. Sin la Palabra son señales mudas. La Palabra tiene el lugar central en los sacramentos. En cuanto al Bautismo, por ejemplo: “El Bautismo no es agua solamente, sino agua usada de acuerdo al mandato de Dios y en relación

con la Palabra de Dios. ¿Cómo puede el agua producir un efecto tan grande? No es el agua la que produce tal efecto, sino la Palabra de Dios en unión con el agua, y nuestra fe que se apoya en la Palabra de Dios unida al agua. Sin la Palabra de Dios el agua es solamente agua y no bautismo”, según Lutero.

Los reformadores luteranos dijeron que el sacramento es solamente “la Palabra visible”. Si el perdón de pecados se recibe únicamente en el sacramento, y la tarea de la predicación solo es atraer a la gente para que utilicen estos medios, la predicación llega a ser solamente un siervo. De esta manera se reduce su importancia, y la fuerza que hay en ella se pierde. Así, el sabor del mensaje desaparece.

Defendamos entonces, el punto de vista bíblico que nos enseña la importancia y la superioridad de la Palabra.





## **LA PREDICACIÓN SIEMPRE ES ACTUAL**

Hablando de Homilética, (estudio de la predicación), notamos que últimamente la exigencia más grande, es que la predicación debiera ser más actual. Para muchos, ésta es la más grande preocupación, por no decir la única.

Se dice que la predicación tiene que ser actual. ¿Qué se entiende con esto? En los diccionarios la palabra “actual” significa presente, moderno, real, eficaz, verdadero, efectivo y ardiente. De ésta forma, la palabra “actual” incluye muchos aspectos:

- A.** Muchas veces lo actual, se refiere al lenguaje y al estilo. Una predicación se considera actual si se utiliza un estilo entendible y sencillo, un idioma exacto y humano. La crítica contra la predicación a menudo es una reacción contra el “idioma cananeo” que se usa, o sea un lenguaje demasiado bíblico y espiritual. Las predicaciones en las iglesias y casas de oración no transmiten ningún mensaje, según ellos, porque no se entienden.
- B.** Relacionado a esto, viene la demanda de medios y ejemplos actuales y un punto de partida que el hombre moderno de hoy, entienda mejor. Los ejemplos e ilustraciones de la misma Biblia no son actuales hoy –opinan- porque la Biblia está fuera de moda. Por eso el predicador debe buscar ejemplos de la vida cotidiana y de la historia contemporánea. Para ellos,

una prédica actual depende del conocimiento de la realidad de los oyentes, y la habilidad del predicador de relacionar el mensaje a ésta su situación, y utilizar además ejemplos conocidos.

- C. Un poco más adelante llegamos al tema de la predicación. Para escoger un tema adecuado debemos conocer la necesidad espiritual, las preocupaciones y los problemas del oyente. Cuando éstos visitan la iglesia vienen con sus necesidades. El pastor debe buscar temas que coincidan con su realidad. Pero ese no es necesariamente el deber de un predicador. Lo más importante es preguntar: ¿Cuál es el mensaje que Dios desea que se predique? Porque Él sabe mejor que nosotros cuál es la verdadera necesidad de los oyentes.
- D. La distancia entre el tema y el contenido no es muy larga en la predicación. Pero este paso, aunque parece corto, es un paso con muchas implicaciones. Si escogemos un tema que corresponde a la necesidad del oyente, es lógico que debamos adaptar y acomodar el mensaje a esta necesidad. Pero acá corremos un gran riesgo. El “mundo” del oyente no siempre corresponde al “mundo” de la Biblia. Normalmente el hombre no conoce su realidad espiritual y su necesidad verdadera. Sus pensamientos muchas veces difieren a los de la Biblia. Pero la situación espiritual del hombre se describe con detalle y precisión en ella. Por eso nuestro deber es buscar los temas bíblicos, más que los temas que le parecen muy interesantes al hombre.

El trabajo del teólogo y filósofo alemán, Rudolf Karl Bultmann (1884-1976), por ejemplo, trata de “desmitoligi-

zar” todo lo que no se entiende en la Biblia. Porque la realidad de la Biblia no armoniza con los pensamientos humanos, según su opinión. El “mundo” del Nuevo Testamento no encaja en la mente moderna. Bultman dice que la visión cosmológica de la Biblia con sus tres “pisos” (el Cielo, el mundo y el Hades), es nada más que mitología. El quiere alejarse de esto. De la misma forma, desea eliminar el mito acerca de la obra expiatoria de Cristo. No podemos, según él, seguir utilizando métodos modernos en cuanto a la tecnología y a la medicina y al mismo tiempo creer en los mitos bíblicos. Nuestra meta debe ser deshacernos de todo lo absurdo mediante una interpretación crítica del “kerigma” novotestamentario. Bultmann quiere mantener “la obra de Dios en Jesucristo”, pero en la práctica su mensaje se parece más a la filosofía existencialista del alemán, Martin Heidegger (1889-1976).

Lo que sucedió fue lo siguiente: La intención fue tomar en cuenta el concepto humano de la realidad. El resultado, es que el punto de vista humano llegó a ser un principio de interpretación y de legitimación para determinar el contenido total de la predicación. La influencia de Bultmann y Heidegger, que causó tanta confusión en las iglesias evangélicas en Europa en ese tiempo (y hasta ahora), en realidad no fue otra que la enseñanza de la filosofía de Immanuel Kant (1724-1804).

¿Cuál es la teoría de Kant? En forma breve podemos decir que la ética *kantiana* es una teoría ética *deontológica* (ciencia de la moralidad). Lo central de la teoría *kantiana* sobre su “ley moral”, es lo que él llama el “imperativo categórico”, que está sobre todas las personas, sin que le importe sus intereses o deseos.

Por todo esto, tenemos que preguntarnos: ¿Cuál es entonces la intención de la predicación? ¿Qué deseamos con ella? ¿Queremos un mensaje actual basado en la realidad y con metas reales o queremos algo ficticio? Una predicación es actual cuando apunta a la vida real, y cuando tiene una meta determinada. Pero es la Biblia la que sabe exactamente la necesidad que tiene el hombre, y como satisfacer esta necesidad.

Ya vimos que se entienden varias cosas cuando se habla de la predicación como algo que debe actual. No se habla solamente de “mejorar” lo formal, sino que la “mejora” del contenido parece ser lo más importante. Además, vimos el peligro de adaptar el mensaje a la situación de los oyentes, a sus anhelos, necesidades y a su moral.

Entonces, sería mejor preguntar: ¿Qué es la predicación cristiana? ¿Debemos predicar doctrinas bíblicas? O, ¿predicar experiencias espirituales? Quizá sería más adecuado decir “la revelación de Dios” en vez de “doctrinas bíblicas”. De esta manera entenderemos mejor que existen solamente dos fuentes. Ya dijimos antes que la predicación se basa en una de éstas dos fuentes, en el ser humano o en lo dicho por Dios.

Ya hemos considerado la “actualidad externa” de la predicación, que habla sobre formas, maneras de expresarse, cómo escoger el tema y el contenido mismo. Estas reflexiones humanas y “externas” resultaron en el gran peligro de llegar a cambiar el contenido mismo. Si aceptamos que la predicación bíblica no es producto de la mente humana sino una interpretación divina, veremos que existe un camino mejor para considerar la actualidad de la predicación. Para entenderlo tendríamos que dar la vuelta y caminar “al otro

lado”. Lo que necesitamos es un análisis “interno”. Porque la predicación, que es una interpretación de la Escritura revelada, si, debe ser actual. Pero, ¿Qué significa esto?

1. El mensaje es el mismo para todos los tiempos. La predicación existencial produce un sermón para cada situación y según su punto de vista, no puede repetirse sin perder su actualidad. ¿Pero esto es cierto? ¿Acaso no se puede “revivir” una predicación para usarla de nuevo en un ambiente diferente? Lo ideal no es quizá repetir las predicaciones antiguas, pero la idea es que éstas nunca pierdan su actualidad. El mensaje es el mismo para cada época. Se ha dicho que la predicación debe “tener contacto” con el tiempo en el cuál vivimos. Es cierto. Pero la predicación que no “tiene contacto” con la eternidad, verdaderamente dejó de ser actual, a pesar de tener un buen contacto con “nuestro tiempo”.
2. El predicador no debe actuar como un mozo que recorre las mesas preguntando: ¿Desean té? ¿Café? ¿Idealismo? ¿Expiación? ¿Cristianismo social? No, porque no es el ser humano quién escoge el mensaje, sino Dios. No hay necesidad de “justificar” el contenido de la predicación –algo que nos sacaría de quicio. La humanidad tiene un medidor falso, y sería grotesco pensar que el hombre puede decidir que predicación es buena y cuál no la es. Así, no habría seguridad que el hombre de importancia a lo que realmente vale en el cielo.

Søren Kierkegaard (1813-1855), teólogo, filósofo y psicólogo danés, es conocido como un gran predicador de las verdades bíblicas y fué de gran bendición para

la iglesia cristiana. Él predicó con seriedad acerca de la costumbre de ir a la iglesia. “Tienes que cuidar tus pasos cuando visitas la iglesia. Tú piensas que allá encuentras silencio y muchas cosas buenas. Todo transmite seguridad y paz. El pastor hace todo lo posible para satisfacer las necesidades. ¡Qué lindo escaparse un rato de las preocupaciones e ir a la iglesia! Pero yo te digo: *“Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal”* (Ecl. 5:1). ¿Qué deseas en la casa de Dios? ¿Necesitas salir de la pobreza, curación de una enfermedad u otra cosa? ¿Tienes una tristeza u otra preocupación? No se habla mucho de esto en la casa de Dios, por lo menos no es lo más importante. Allá se predica acerca del pecado, que tú eres un gran pecador, y que debes pensar más en tu alma perdida que en cualquier otra necesidad que tienes. ¿No entiendes que te equivocaste al entrar a la iglesia para buscar tranquilidad? En verdad, saldrás con más problemas de los que tenías al entrar. Porque tu problema más grande es el pecado. Además, se predica para restauración y salvación, para pecadores arrepentidos y humillados. ¿Quizás esto no tiene importancia para ti? De veras, te concierne lo que yo te he dicho ahora. Es un mensaje precisamente para ti ¡No lo rechaces!”

En fin: la predicación no se trata de “lo que le interesa al hombre”. Sino que, invita al hombre a interesarse por lo más importante de la vida. No responde a las preguntas, sino que es la predicación quien pregunta y exige una respuesta.

“Eso no resulta, la gente no se interesa por las cosas antiguas de la Biblia”, objetan algunos. Hasta que haya una mejor situación podemos predicar sobre el primer artículo del credo y esperar con el segundo. (¿Acaso el primero se entiende mejor que el segundo?). ¿Por qué hablar de la gracia en Cristo cuando nadie se considera pecador? Es en vano que se predique el consuelo cuando no existen almas contritas. ¡Qué tontería entonces predicar!

¿Qué podemos responder a estas afirmaciones? En primer lugar, debemos contrarrestar diciendo: No aceptamos falsedades ni exageraciones. En el reino de Dios, una parte de la verdad se vuelve una mentira entera si se acepta sólo esta parte como toda la verdad. La predicación de los teólogos liberales acerca de Dios el Padre no se debe mencionar como una parte de la verdad sino como una mentira. Si nos callamos y no predicamos la gracia, damos a la gente piedras en lugar de pan. El hombre nunca llegará a “sentir” que necesita la gracia de Dios. ¿En consecuencia, no debe escuchar la gracia, sino solamente la ley, hasta que necesite algo más? Existen predicadores de esta opinión, pero ellos no entienden nada. Sin el evangelio no se predica ni ley ni evangelio, porque la ley sin evangelio es solamente legalismo.

¿Pero cómo tendrán necesidad de algo que no conocen? La humanidad necesita el evangelio, aunque no lo sabe. No importa si lo sienten o no. Nosotros compartimos el evangelio, sabiendo que la fe viene por el oír (Rom. 10:17). Al mismo tiempo predicamos la ley, porque la Palabra de Dios es como una espada de dos filos. ¡Ay de nosotros si no predicamos la

Palabra de Dios como ley y evangelio! Pero predicar la ley, sin predicarla a la luz del evangelio y lo que pasó en el Gólgota, nunca resultará. Y predicar el evangelio sin predicar la ley como trasfondo y marco, tampoco tendrá un buen resultado. Nuestra tarea es la de despertar a los que duermen y consolar a las almas contritas. Pero repito: ¡No olvidemos de proclamar el evangelio acerca de Cristo, lo único que puede dar consuelo y paz a las almas afligidas! ¡La predicación ligera y moderna que hemos tenido últimamente está bajo el juicio de Dios!

No es la incredulidad, sino la fe, que decide lo que es una predica actual o no en la iglesia.

Si alguien nos acusa por no ser realistas cuando predicamos el mensaje “antiguo” de la Biblia, responderemos que esta es la verdadera realidad.

Una vez le preguntaron a un predicador laico: ¿De qué predicarás el domingo? Entonces él respondió:

- Voy a compartir el texto acerca de Jesús quién tuvo victoria sobre Satanás.

El otro dijo:

- ¿De veras, mencionarás esto? ¿No sería mejor buscar un tema más actual? Y si deseas asustar a la gente, ¿no sería mejor hacerlo con un deshollinador que con el diablo?

El predicador laico respondió:

- Si te parece una tontería hablar sobre el poder de Satanás y cómo librarnos de él, tienes que culpar al



Señor Jesús. Yo predico lo que Él me dió en la Biblia, y no me importa si te gusta o no.

El que sabe responder de esta manera comprende lo que es la predicación actual y bíblica.

¿No es esto muy unilateral, o sea una visión muy estrecha? Si hablamos solo acerca de la salvación y la perdición, ¿no olvidamos los otros aspectos de la vida humana, por ejemplo, el deber de ayudar a nuestro prójimo? ¿Acaso no es esto actual?

Ya dimos la respuesta. La predicación es una interpretación de la Palabra revelada que es la Escritura. Esta Palabra tiene un mensaje para todas las situaciones de la vida. No existe ningún plano de la vida humana que no le interese a Dios. La Palabra se predica como ley y evangelio y tiene un mensaje para todos los hombres en todas partes del mundo, en cada generación y para cualquier situación que el ser humano enfrente.

Por ejemplo, tiene que incluirse el aspecto apolo-gético. (Apología –del griego *ἀπολογία* = hablar en defensa –es una defensa formal de una opinión, posición o acción. El uso actual del término, está a menudo en el contexto de la religión, la teología y la filosofía). Tenemos la responsabilidad de defendernos contra los distintos ataques del mundo y de Satanás. Tal orientación es necesaria y el ataque es siempre mejor que la defensa.

Pero repito que no debemos cometer el error de olvidar el problema más grande del hombre cuando queremos responder a todas las preguntas que se

hacen. Kierkegaard dijo: “El crimen más grande contra el cristianismo es que el individuo pasa por alto y no se preocupa por su relación con Dios”. Este error se comete si tratamos todos los fenómenos y todos los problemas en este mundo, olvidando al ser humano y su relación con el Dios Santo. Kierkegaard, sin embargo, habló sobre la preocupación más grande: ¿Cómo puedo llegar a ser salvo?

La humanidad sufre por muchas preocupaciones, la bomba atómica, una tercera guerra mundial, la migración, el problema de los refugiados, el desempleo, etc. ¿Quién de nosotros puede pasar por alto todo esto? Pero aún en estas situaciones no debemos olvidar cuál es la predicación de la Palabra de Dios, su mensaje acerca de la salvación del alma. Tenemos la mejor ayuda de todas para el ser humano porque en la predicación le ofrecemos paz con Dios.

La idea no es olvidarse de todos los problemas que existen en el mundo, y enfocarse solamente en la deuda que cada individuo tiene con Dios. Por ejemplo, no debemos callarnos si alguna injusticia causa persecución o sufrimiento en alguna nación o en algún grupo de personas. Por el contrario, tenemos el deber de hablar en forma directa y clara y advertir a los culpables. Alguien dijo: “La iglesia que no sabe maldecir tampoco puede bendecir”. Nuestra tarea incluye corregir y reprender. ¡Pero no olvidemos hacerlo con cuidado, sin causar el pensamiento de que somos perfectos y mejores que otros! Si criticamos, debemos estar al lado de Cristo, siendo solamente su boca. No debemos proclamar nuestra propia crítica, o representar sólo a nuestra propia denominación.

Nuestra tarea es ser la boca del Señor y no la de proclamar nuestra propia sabiduría.

3. Ya hemos mencionado algo del idioma y del estilo en la predicación. Pero conviene decir un poco más. No podemos despojarnos del idioma bíblico y espiritual, incluso aunque la intención sea llegar a todos con un mensaje bíblico entendible. Por otro lado, la iglesia no debe pensar que existen palabras tan santas y bíblicas que tienen que predicarse porque son eficaces por su santidad. La reforma no aceptó tal falsa enseñanza. Se debe usar un idioma conocido y entendible, y no como en la Iglesia Romana donde se usaba solamente el latín. Lo ideal, si fuera posible, es usar el idioma materno.

Quizá podemos decir que la iglesia no cuenta con un “idioma” sagrado, pero si tiene un “mensaje” divino.

Esto significa dos cosas:

- Hemos recibido el mensaje por revelación como la Palabra Divina. Decimos “por revelación” porque el hombre no es capaz de entenderlo con su mente humana.
- Si el mensaje es divino, también es necesario usar palabras bíblicas para explicarlo. No es algo sin importancia que palabras serán usadas en la predicación. Tenemos que usar palabras que estén en armonía con el contenido.

El Nuevo Testamento usa palabras en griego que significan una cosa en el mundo profano y otra cosa cuando aparecen en la Biblia. ¿Cómo es posible esto? Es posible,

porque la Biblia misma lo explica. Por ejemplo, la palabra “sarx” no significa carne para comer, sino “la naturaleza vieja” del hombre. En ésta y otras palabras debemos mantener el significado, porque no existen otras palabras que sean mejores. Si quitamos estas palabras claves, como: santificación, expiación, justificación y otras, perderemos una gran parte del contenido mismo. Por eso las debemos mantener, y explicarlas. No podemos trabajar sin usar estas importantes palabras. No es que son “mágicas” o “santas”, pero son muy útiles.

De vez en cuando tenemos que revisar la elección de las palabras usadas en la Biblia. Luego llenarlas con el contenido bíblico. El predicador debe interpretarlas a la luz del testimonio bíblico como la Palabra de Dios. La predicación deriva de la Biblia y nos hace regresar a ella.

El lenguaje es como un puente. Sin palabras no existiría contacto entre los hombres. El don de hablar y expresarse es la gran diferencia que tiene el hombre comparado con otras criaturas. Cuando se perdió la imagen de Dios debido al pecado, una de las consecuencias fue la confusión del idioma. El resultado fue una gran variedad de idiomas, que causó también la soledad del hombre. Aunque es un puente débil, el idioma nos da la posibilidad de comunicarnos. En situaciones difíciles de la vida, nuestro vocabulario no alcanza para decir lo que uno siente. Felizmente Dios nos habló desde cielo para reestablecer el contacto y la comunión que había perdido con el hombre. La Palabra fue el eslabón entre Dios y la humanidad. Cuando Él visita a la gente, algo sucede. Él transforma la situación y realiza un milagro en cuanto a la comunicación entre los hombres. La Palabra divina y eterna transforma el corazón, y causa una mayor comprensión entre las personas.

Así también, la predicación se puede comparar con un puente. Dios está en un lado y el hombre en el otro. La predicación debe hacer contacto con ambos lados. El idioma tiene que ser divino y a la vez humano. Lutero dijo que la madre en casa, los niños en la calle y el vendedor del mercado son los que pueden enseñarnos el lenguaje más adecuado. De la misma forma, enfatizamos que el idioma tiene que ser un siervo de Dios como su Palabra revelada. En este sentido es legítimo hablar sobre un idioma bíblico que algunos llaman el idioma “de Canaán”.

A veces se usan a palabras y expresiones no utilizadas en el mundo. Por eso, no es muy sorprendente que las personas que no están familiarizadas con “el mundo cristiano” no entiendan todo. El mundo no siempre tiene derecho de criticar al predicador por los términos que no comprende. Porque muchas veces la falta de entendimiento se debe a la “distancia” que hay entre el oyente y la iglesia. Igualmente, el cristiano a veces no entiende el lenguaje que se utiliza en la calle, entre los mundanos. Esta diferencia, (entre el lenguaje que se utiliza en la iglesia y el de la calle), debe mantenerse, no se puede y no se debe utilizar exactamente el mismo lenguaje. Según la Biblia el creyente y el incrédulo difieren mucho porque viven en dos mundos diferentes.

La iglesia debe trabajar conscientemente con su lenguaje, tratando de usar palabras sencillas y entendibles. Una iglesia conservadora que no toma en cuenta los cambios y el desarrollo del idioma está equivocada. Por otro lado, el liberalismo que desea despojarse del tesoro idiomático que tenemos en la Biblia y en nuestros himnarios, tampoco merece mucho respeto. Lo mejor sería explicar o interpretar estos términos bíblicos. Verdaderamente, éste es un deber de la predicación.

Repetimos, entonces, que la predicación es actual, cuando ésta lleva a los corazones el mensaje acerca de Cristo, el crucificado. Él puede transformarnos y darnos un mejor entendimiento de las cosas. Cuando Cristo actúa, tenemos una predicación viva y activa que siempre será actual para el hombre perdido.

## **LA PREDICACIÓN Y LOS OYENTES**

Ya hemos mencionado algo sobre la predicación y los oyentes. Pero hay mucho más por decir. Por eso uniremos todo en un solo capítulo, bajo cuatro diferentes subtítulos:

### **1. La predicación tiene que estar en desacuerdo con la religiosidad popular**

Muchas veces, los oyentes van a la iglesia con un anhelo que el predicador no puede ni debe complacer. La tarea del mensajero no es satisfacer a éstos, sino guiar al oyente hacia un mundo nuevo, donde el hombre por sí mismo no puede entrar. El hombre natural piensa y reflexiona de una manera muy religiosa. Tiene anhelos y deseos para esta vida. Quiere satisfacer sus necesidades religiosas, superar un defecto moral, o quizá sentir algo ceremonioso. Muchos van a la iglesia únicamente para encontrar consuelo en la tristeza, descanso y silencio para “tranquilizar los nervios”, o simplemente buscando buen humor o algo emotivo. Entonces, la religión llega a ser “un opio para la gente”.

El fallecimiento inesperado de un familiar o un accidente trágico, puede causar una necesidad religiosa. En situaciones como estas el hombre a veces busca la ayuda de un pastor, no tanto por su ayuda espiritual sino por su ayuda psicológica o terapéutica. Es cierto que esta situación le da al pastor una oportunidad para conversar con estas personas sobre las cosas espirituales. Pero existe al mismo tiempo el gran peligro de no tocar estos temas,

por ejemplo, acerca de la necesidad de “morir bajo la ley” y el “nacer de nuevo”, sino solamente acerca de cómo sobrevivir y salir de ésta triste situación.

Existe una gran diferencia entre “la tristeza del mundo” y “la tristeza que es según Dios” que “produce arrepentimiento” (2 Co. 7:10). El Espíritu puede vivificar, sí, pero lo hace mediante “la muerte” del hombre pecador y la revelación de la salvación en Jesucristo. El anhelo religioso y la necesidad del perdón de pecados son dos cosas que difieren mucho. El hombre “natural” no comprende esto, y espera que el pastor tenga consuelo para cualquier necesidad humana. No entiende tan fácilmente que el deber del pastor es dar ayuda espiritual a las personas humilladas y que tienen la boca cerrada ante Dios. Los que sienten verdadera tristeza por su pecado, son los que se interesan por encontrar a un Dios misericordioso que ofrece perdón. Es deber del pastor de ayudar primeramente a ellos.

La predicación, debe ayudar a la persona que está triste a comprender su necesidad real. La gracia de Dios no significa necesariamente ayuda o asistencia para cualquier situación de la vida como si ésta fuera una inyección de ánimo. No se trata de una fuerza que nos ayuda a usar mejor las buenas cualidades que tenemos. La gracia, es el sentimiento misericordioso de Dios, para con el pecador arrepentido. Es el perdón de los pecados mediante Jesucristo. Los que han experimentado “el morir bajo la ley” necesitan verdaderamente la revelación de la fe (Gál. 3:23). La muerte de un conocido o una gran tragedia no causa necesariamente interés por la salvación en Cristo Jesús.



El anhelo de lo divino que se produce en momentos de tristeza o en una situación de mucha emoción religiosa, no es lo mismo que la necesidad de Jesucristo mismo. La búsqueda religiosa y la fe en Jesús son dos cosas distintas. Antes de que nazca la fe, el anhelo religioso tiene que ser reemplazado por la siguiente humillante confesión: “En verdad mi corazón ha resistido el llamado de Dios. Hasta ahora en realidad no he buscado a *Jesús*. Tampoco en la tristeza que sentí lo he buscado a *Él*, sino solamente su compasión”. El llanto y el dolor por el pecado es resultado de la obra del Espíritu Santo.

El predicador tiene que estar consciente de esto. Y no debe usar equivocadamente la tan mencionada cita de San Agustín que dice: “Tú, Dios, nos has creado para ti y nuestro corazón está afligido hasta que halla descanso en ti”. San Agustín se malentiende cuando se afirma que su pensamiento era que todos los hombres tienen este anhelo del Dios verdadero, diciendo: “Todos pueden llegar a conocer a Dios un día, si siguen fielmente el deseo que está en la profundidad de su corazón” San Agustín no enseñó esto, porque dijo: “La persona que no conoce a Dios, corre el riesgo de buscar otra cosa en vez de a *Él*”.

La religiosidad popular no busca a Dios, sino a otra cosa. Cuando Dios se encuentra con el hombre lo hace cara a cara mediante la Palabra, así se revela como el Santo y misericordioso Dios. Esto no se puede comparar con la búsqueda religiosa del hombre de un poder divino.

La predicación cristiana tiene que estar alerta frente a la religiosidad popular. Las buenas decisiones e intenciones de buscar a Dios no son lo mismo que una fe salvadora. No negamos que existen personas religiosas que dejaron

sus despreocupados pensamientos sobre el cristianismo. No aplaudiremos a estas personas diciéndoles que no se preocupen más por su salvación, porque Dios seguramente les acepta tal como son, porque Él es bueno y ama a todos. Ser salvo es algo radicalmente nuevo, algo que se recibe por la conversión y el nuevo nacimiento. La salvación es un regalo de Dios, que se otorga a la persona que ha perdido la esperanza en sus propios esfuerzos religiosos. La tarea del predicador, frente a estas personas, no es *cerrar* la puerta del cielo para ellos, sino *invitarles* a creer en Jesucristo. La puerta está abierta para todos, incluso para los religiosos. Hay un camino hacia la vida eterna, hay solamente *uno*, pero este camino *existe* y se llama Jesucristo.

## **2. La predicación tiene que encontrar al oyente donde éste se ubique**

Un niño preguntó al nuevo pastor después de su predicación: ¿Dónde viven esas personas a las cuales predicó hoy día? El niño, estaba convencido de que en su pueblo no había gente que correspondía a las características dadas por el pastor.

La predicación debe “buscar” al oyente y encontrarlo donde está. Es cierto que el pastor necesita conocer a sus oyentes. Él debe saber cuáles son sus cargas, sus tristezas y sus alegrías, también debe tener algo de conocimiento sobre sus problemas y sus pensamientos. Se necesita una idea general sobre los oyentes y su ambiente. Esta idea se recibe por el contacto y la comunicación con ellos. Las noticias por la radio y los periódicos también le ayudarán a recibir información útil de la vida cotidiana de sus oyentes.

Una pregunta muy importante hablando de la necesidad de llegar al oyente con el mensaje, es, si existe en el alma

del hombre alguna cualidad que facilite un entendimiento mejor de las cosas espirituales (un “aclopado directo”). Esta pregunta se discutió mucho en Europa durante la década entre 1930 - 1940, por ejemplo, por los teólogos Karl Barth y Heinrich Emil Brunner (teólogo reformado suizo, 1889-1966).

Son muchos con ellos, los que sostienen en este asunto, un punto de vista contrario a la Biblia. Ellos enseñan que el ser humano tiene varias necesidades, algunas importantes y otras de menor importancia. Puede ser la necesidad de comida, de placeres estéticos, paz con Dios, un anhelo de cosas divinas, etc. (Rom. 8:19-22). Como alguien dijo: “El organismo del ser humano tiene un órgano físico para la digestión de la comida, un órgano estético para comprender lo hermoso, un órgano ético para hacer lo bueno (la conciencia), y un órgano religioso para comprender a Dios. La “facultad religiosa”, para estos teólogos, se llama “fe”.

A veces se cita una frase de Tertuliano (155-220), uno de los teólogos mas conocidos de la Antigüedad, quién dijo: “el alma humana es cristiana en su naturaleza”. Quizás no enseñan que todos somos creyentes, sino que cada ser humano tiene “la capacidad” de creer. De esta manera hablan sobre la posibilidad de que pueda haber una buena conexión entre la “facultad religiosa” y el mensaje divino. Según ellos, lo más importante para el predicador, es crear en el oyente una necesidad interna de “sentir” a Dios, y de sentirlo tan intensamente que el oyente haga algo para satisfacer esa necesidad. La persona que “hace algo” ha comenzado el proceso de “creer”, según su opinión.

Si tomamos en serio lo que la Biblia dice sobre la humanidad caída en pecado, no podemos aceptar tal enseñanza.

La predicación que únicamente crea en el oyente un anhelo “de lo eterno”, causa el error de que la salvación consiste en mejorarse y buscar lo más elevado del hombre. Por el contrario, el Nuevo Testamento enseña la necesidad de una nueva creación por el Espíritu y la Palabra de Dios.

En Juan 7:37 tenemos una afirmación de Jesús que se usa a veces en combinación con la cita de San Agustín mencionada antes, “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”. Este versículo a veces se explica como si existiría una necesidad espiritual en el hombre que halla satisfacción solamente en Jesús. Esta interpretación de Juan 7:37 es muy injusta porque Jesús no dice: si alguno tiene sed “de mí” sino que invita a la gente que no sabe dónde buscar, ir a Él. Romanos 3:11 dice: “No hay quien busque a Dios”. Tampoco pueden basarse en el Salmo 42:2 que dice: “Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo”, porque este Salmo habla sobre el “creyente” que tiene sed de Dios. Además, si analizamos la situación del hombre, vemos que muchos no tienen ninguna sed espiritual. Ellos están satisfechos con la vida que tienen, no sienten ninguna necesidad de algo mejor y parecen estar muy contentos. Si los invitamos a recibir a Jesús para ser más dichosos contestan que no les falta nada. La predicación debe tomar en cuenta todo esto.

Muchos se preguntan cuál es la mejor manera de “encontrarse” con el oyente, o sea: como llegar a su corazón con el mensaje. ¿Existe en el hombre un “acoplado directo” o un “punto de relación” con el mensaje?

Puede ser que la respuesta se encuentre en 2 Corintios 4:2 donde Pablo dice que se recomienda “a toda conciencia humana delante de Dios”. Según el contexto seguramente se piensa en la conciencia como una instancia que juzga

nuestras obras. Pablo apela a la conciencia de los corintios sabiendo de que le darían la razón al escuchar de que había “renunciado a lo oculto y vergonzoso”. Esta cita bíblica no afirma que la conciencia es superior a la Palabra. La conciencia no puede decidir con seguridad que parte de la Biblia es verdadera o no. Es el hombre “caído” quien escucha la Palabra, y las consecuencias de la caída son mayores en su interior, o sea, en las partes más centrales de su personalidad. Pero no cabe duda que la conciencia es un medio por el cual Dios puede llegar al hombre y acusarlo por su pecado. Dios crea en la conciencia un sentimiento de culpa, con el motivo de crear arrepentimiento y luego la fe en Jesucristo, el único que puede perdonar su pecado.

Es mejor si consideramos al pecado mismo del ser humano -o su defecto de pecar- como el “punto” con el cual se debe conectar el mensaje bíblico. El hombre, creado por Dios, es un pecador, por el cual Jesucristo murió. Dios no busca “lo mejor” en nosotros, sino que busca al “pecador” que no tiene ninguna posibilidad de vivir con Dios sin la salvación por el Hijo y sin el renacimiento por la Palabra y el Espíritu Santo.

Que Dios busca a los pecadores, es algo que debemos considerar cuando preguntamos si el bautismo puede ser un buen “punto de partida” para la predicación. La gracia del bautismo ha sido para muchos predicadores un tema para llegar al oyente con algo que se puede “reconocer”, y luego relacionarlo con otros aspectos del mensaje bíblico. ¿Queda en el bautizado una “chispa de vida” aun cuando rompe el pacto del bautismo?

Este punto de vista no se encuentra en el Nuevo Testamento. No existe en el incrédulo ni la más mínima mani-

festación de una vida espiritual escondida que haya podido “pasar el invierno”, para desarrollarse más tarde. Esta opinión corresponde quizá al pensamiento católico que mira la gracia como “*gratia infusa*”, o sea como una sustancia de gracia impersonal.

Según el pensamiento evangélico, la gracia es un “*favor Dei propter Christum*” que significa: la buena voluntad de Dios sobre el pecador a causa de Jesús. El hombre en consecuencia –no puede poseer la gracia de Dios sin tener fe en Jesús. No existe una “gracia del bautismo” o una “vida del bautismo” apartada del perdón de los pecados y la comunión con Dios. “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Jn. 5:12). Si una persona bautizada pierde la gracia de Dios, no sobrevivirá en ella, ninguna vida espiritual.-

Por otra parte, podemos decir que de una manera el bautismo es un punto de partida muy adecuado. Es una obra de Dios. Lo que hizo Dios con el hombre en el bautismo, es algo que no se ha anulado. Tenemos entonces la posibilidad de recordarle al oyente que Dios lo ama y que su intención es salvarlo y bendecirlo. La persona que olvida el pacto volviendo al mundo, pierde esa bendición. Es deber del predicador recordarle esto.

### **3. La predicación no solo debe dar un nuevo conocimiento, sino crear una nueva situación**

El contenido más importante del mensaje es el tema del pecado y de la gracia. Si nos alejamos de ellos, la predicación llega a ser algo religioso y vago. Tanto la forma como el contenido deben ser algo más que un discurso intelectual. El predicar no tiene que basarse solamente en argumentos

lógicos. Tanto el pecado como la gracia son realidades que no se pueden apoyar con razones lógicas.

El pecado es algo irracional. El razonamiento filosófico no lo entiende. Según Brunner, las ciencias modernas olvidan tomar en cuenta el problema del mal. Immanuel Kant lo alude en su teoría sobre “el mal radical”. El mal, según este filósofo es *“la aversión positiva de la voluntad contra el bien. En consecuencia, el mal es algo irracional. No comprendemos de donde viene el deseo malo”*. Y añade: *“Si la ley moral nos exige que seamos mejores, podemos deducir que somos capaces de hacerlo”*. Según él, debe haber en el ser humano un “ego inteligente” que es bueno.

Según la Biblia el pecado no es irracional en el sentido de Immanuel Kant, sino en una manera radicalmente diferente. Martín Lutero dice en los artículos esmalcáldicos: *“El pecado original es una destrucción tan profunda y terrible de la naturaleza, que no puede reconocerse por el razonamiento humano, solo se cree mediante la revelación de la Escritura”*. En otro capítulo lo discutiremos más. Ahora basta concluir, que el pecado se puede describir apuntándolo y describiéndolo lógicamente como algo muy peligroso, malo y antinatural. Pero esto puede ser un “moralismo” que no es la predicación cristiana acerca del pecado. Si vamos a predicar bíblicamente sobre el pecado, tenemos que pasar a otra dimensión, *predicando* el poder y la terrible seriedad del pecado.

La predicación correcta, explica qué piensa *Dios* acerca del pecado. El oyente debe escuchar en forma explícita sobre la seriedad y la profundidad del pecado. Argumentaciones en pro y en contra no tienen validez. Es algo que se proclama con convicción. Una predicación directa de la

ley, afirmando: “¡Así dice el Señor!”, es lo único que puede “cerrar la boca” del oyente: “Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Rom. 3:19-20).

La gracia se predica de la misma manera. Es un mensaje sobre algo que fue hecho por Dios. No se considera intelectualmente, sino que, se proclama como una revelación de lo que pasó con Jesucristo. No se puede discutir con los religiosos buscando una plataforma común con la meta de encontrar la verdad que logre unirnos. No existe la posibilidad de conocer el cristianismo desde afuera. El cristianismo se saborea. Sin un conocimiento personal no se puede entenderlo.

La predicación tiene que ser profética. No debe tener las características de una exposición secular. Obviamente se requieren explicaciones lógicas y claras, pero sin perder la “vida” y la espontaneidad.

Los primeros peligros y tentaciones para la iglesia primitiva vinieron con el sincretismo helenista y su enseñanza de la “gnosis”. (Gnosis, palabra griega vinculada al conocimiento, o perspicacia. La palabra se usa a menudo como un término filosófico y teológico. La gnosis dio nombre al “gnosticismo” e históricamente, se ha utilizado para profundizar en los temas religiosos).

Pablo tuvo que defenderse contra los ataques y esfuerzos del gnosticismo para transformar el evangelio en sólo otra “sabiduría” que era necesaria para obtener la salvación. Especialmente la primera carta a los Corintios contiene una



defensa contra esto. *“Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo”* (1 Co. 1:17).

¿Por qué la cruz y la sabiduría de palabras se consideran como dos cosas contrarias? ¿Existe incompatibilidad entre ellas? ¿No se pueden unir el mensaje sobre la cruz y la sabiduría? ¿No sería una buena idea usar la sabiduría humana para explicar la palabra de la cruz, para que la entiendan mejor hoy en día? ¿Qué ventaja tiene una explicación sencilla sin palabras sabias?

Con estas preguntas hemos descrito la situación de Pablo. Para él no solo se trataba de diferencias externas y formales. El entendió que la diferencia no se debía a distintos métodos y estilos, sino que existían dos mensajes diferentes, o sea dos conceptos sobre Jesucristo.

El mundo griego estaba lleno de principios, sistemas, abstracciones, filosofías, ideas y sabiduría humana. Pablo vino con un mensaje acerca de la obra de Dios. No presentó nuevos principios sino, un hecho de Dios en la historia, de algo que sucedió en la hora y el lugar determinado por Dios. Contra la “sabiduría” puso la “palabra de la cruz”. ¡No existe diferencia más grande! La sabiduría humana no entiende el mensaje de la cruz, por eso la rechaza o la llama una “locura”. O sea, sólo busca un espacio en su sistema para incluir a Jesucristo. De esta manera Jesús se transforma en un sabio adoptado por ellos, y se pierde el poder y lo divino del cristianismo y el evangelio verdadero también se pierde.

Esas diferencias siempre existirán. Así como personas que no captan el mensaje de la reconciliación y la nueva relación entre Dios y el hombre. Si falta el conocimiento

y la convicción de la obra salvadora en Cristo, otras cosas más periféricas ocuparán el lugar más central del corazón humano. En vez del mensaje de la cruz y de lo que sucedió con Jesús en “el cumplimiento del tiempo”, y una vez para siempre (Gál. 4:4; Rom. 5:6; He. 7:27); llegará a dominar otra ideología con una alta moral, experiencias espirituales y otras cosas religiosas que son las mismas para todo el mundo, según ellos.

Las ideologías se basan en una noción o una interpretación de algo. Y es este conocimiento lo que quieren compartir con otros. Normalmente es algo que impulsa, contribuye y anima a mejorar al mundo y a la humanidad. Las ideologías quieren crear nuevas situaciones, pero olvidan lo que Dios hizo. Lo que les hace falta es la enseñanza sobre la muerte expiatoria de Jesús en el cumplimiento del tiempo. Quizá desean llegar al intelecto del hombre con sus ideologías religiosas. Se acercan al hombre preguntando: ¿Sabes esto? ¿Comprendes? Y todo lo que debe saber el hombre, según su punto de vista, son cosas universales y comprensibles. Son ideas, principios y conceptos. Por el contrario, el evangelio, pregunta: ¿Crees esto? Lo que el hombre debe creer es el mensaje sobre Dios y su gran obra salvadora, hecha una vez y para siempre en la historia.

Si la predicación no se basa en esta obra salvadora que se hizo una sola vez en Cristo Jesús, sino que se basa en conceptos racionales, sentimientos religiosos o en una ortodoxia muerta, ella perderá su “vida” y llegará a ser sólo un discurso humano.

Como consecuencia de esto la predicación perderá su posibilidad de *crear* una nueva situación para los oyentes. La Biblia habla mucho sobre la necesidad de *nacer de*

nuevo, (Juan 3:6). Pero a veces la predicación solamente logra transformar los hábitos del hombre.

Un drogadicto, un ladrón u otro criminal que deciden mejorar sus vidas –y lo hacen– no son necesariamente “nuevas criaturas” en el sentido bíblico. Es cierto que se encuentran en una nueva y mejor situación, pero no significa que hayan nacido de nuevo. La meta de la predicación es transformar el interior del hombre, creando una vida nueva en él.

#### **4. El mensaje debe aplicarse a los oyentes**

Desde tiempos antiguos se ha diferenciado entre “explicatio” y “applicatio”. La idea es: Primero tenemos que aclarar y explicar lo que está escrito en el texto, luego tiene que aplicarse a los oyentes. La manera más fácil de lograr esto, es dividir la predicación en dos partes principales: el comentario y la aplicación. Primero se describen los versículos leídos, y luego vemos lo que el texto significa para nosotros.

Algunos teólogos que escribieron libros de Homilética opinan que no debemos dividir la predicación en dos secciones, una más objetiva y otra que tiene un carácter más subjetivo. No debemos predicar primero lo objetivo, es decir lo que sucedió, y luego preguntar cómo debe interpretarse esto. La Biblia tiene un mensaje que se entiende el instante en que se escucha, -dicen. No es necesario aplicarlo al oyente para que lo reciba en forma personal. Como uno de estos teólogos dijo: “El oyente está incluido en el mensaje en el momento que el pastor abre su Biblia”.

No cabe duda que la Palabra de Dios tiene un mensaje “vivo” que llega al oyente. No se trata de letras muertas. Lutero, habló con claridad sobre esto: *“El evangelio no es un libro sin vida, sino un mensaje vivo”*. Aceptamos lo que dicen estos teólogos sobre la eficiencia y el poder de la Palabra. Pero no debemos olvidar que el mensaje tiene que experimentarse en forma personal.

¿Cómo fue la predicación de los apóstoles? Primero explicaron la doctrina sobre la salvación en Jesucristo, y los oyentes se sintieron incluidos cuando se les predicó esta doctrina de forma objetiva. Luego los apóstoles continuaron y dijeron: “¡Así qué, arrepentíos y convertíos!” (Hch. 3:19; 13:40; 17:30).

El mensaje sobre la victoria de Jesús, por ejemplo, de veras es algo que sucede “en” nosotros y no solamente “para” nosotros. Lutero dijo: *“Lo que crees, lo tienes. Algunos tienen fe sin la Palabra, algo que no tiene valor; otros tienen la Palabra, pero les falta la fe, algo que no les ayuda. Lo bueno es tener ambas cosas: la fe y la Palabra en forma unida”*. Para Lutero, no se puede tener una fe que no se base en la Biblia, igualmente existen personas que tienen la Palabra, pero les falta fe. Es igual con la predicación. Existe una predicación donde falta “el contenido”. Se escucha “sobre” muchas experiencias, pero no está presente “el mensaje”. También existe otra clase de predicación donde hay mucho contenido, pero igualmente le falta el “mensaje”. A veces se explica la ley, pero le falta el aguijón para condenar a la conciencia. Se escucha sobre la ira, pero no se dice: ¡Tú eres el hombre, el culpable! Se menciona el evangelio, pero no viene a ser el evangelio verdadero, porque no se aplica al oyente.

¿Cómo deberíamos aplicar el mensaje entonces? Mencionaré tres cosas:

1. No debemos predicar como si los acontecimientos sucedieron hace mucho tiempo y en un lugar muy lejano.
2. El mensaje debe predicarse en forma directa, o sea que la ley y el evangelio se prediquen conforme a sus características y propósitos. La ley se predicará en forma directa diciendo: “¡Tú eres el culpable!”. Y el evangelio se ofrecerá diciendo: “¡Tus pecados te son perdonados! ¡Esto se hizo por ti!”.
3. No es suficiente que la predicación se *dirija* hacia los oyentes, sino que debe *comunicarse* directamente a ellos. En vez de hablar sobre “ellos”, debemos decir “tú”. Un investigador alemán, Wolfgang Trillhaas (1903-95, un conocedor de la teología de Schleiermacher) dijo que las predicaciones de Schleiermacher se reconocen por sus “nosotros”, mientras que su contemporáneo, Ludwig Hofacker (1798-1828) se dirigía directamente a sus oyentes diciendo “tú”. El uno era un religioso y el otro un transmisor de un mensaje del Dios viviente.

Cualquier mensaje que esté en el plano del “nosotros” y “nuestros” corre el riesgo de ser legalismo. Si escuchamos tal tipo de predicación nos preguntamos: ¿A quién está hablando realmente? “Todos somos pecadores, todos tenemos que convertirnos, y pueden acercarse a Dios. Parecería que el predicador mismo también necesita salvación, porque se incluye a sí mismo. La confusión se hace completa, al punto que no se sabe quiénes son creyentes y quiénes no lo son. En esta situación se escucha

a veces que todos los bautizados son verdaderos creyentes. La iglesia es para todos. No debemos distinguir entre cristianos y religiosos. Todos somos iguales, buscamos al mismo Dios”.

Un teólogo dijo: “Qué extraño, si la plaza se llena de gente, todos saben que allí hay personas buenas como malas, creyentes y no creyentes. Y si la misma gente entra a la iglesia todos son creyentes, esto según los grandes teólogos”.

Los reformadores sabían que la iglesia visible incluía a cristianos y a no cristianos. Ambos grupos estaban presentes, lado a lado. En el tiempo de los apóstoles empezaron a llamar “cristianos” a los seguidores de Cristo (Hch. 11:26). Según 1 Pedro 4:16 la palabra “cristiano” aparece como algo degradante o menospreciado. Los mundanos querían diferenciarse de ellos intencionalmente. Hoy no es así, ser un cristiano es algo común. Todos son cristianos si creen en algún dios. Para algunos el llamarse “cristiano” y creer en un dios es –incluso –algo popular. En la predicación debemos usar la palabra “cristiano” con mucho cuidado y explicar que únicamente las personas que pertenecen a Jesús mediante una fe viva son cristianos. Nuestro deber es demostrar la diferencia que hay entre la fe verdadera en Jesús y la religiosidad. No importa si los religiosos vienen con una máscara o no. Debemos invitar al oyente a probarse a sí mismo, si está con Jesús o no, como dice el salmista: *“Examíname o Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”* (Sal. 139:23-24).

Para predicar correctamente estas cosas, el mensajero necesita luz sobre la Palabra y una experiencia personal de la vida cristiana. Además, necesita verdadera humildad. No es difícil actuar como un profeta de la ira, hablando en voz alta y utilizando palabras muy duras, pero los frutos serán quizás, pocos. Es fácil “asustar” a las personas que deseamos alcanzar. Pero el triste resultado es que ellos, pueden dejar de asistir a las reuniones, y perderse, de esta manera nos podemos quedar sólo con puros “fariseos”.

Para llegar a los oyentes con el mensaje sagrado de la manera correcta necesitamos mucha paciencia y prudencia. Es difícil aprender esto. No es posible llegar correctamente a los oyentes por nosotros mismos. Al parecer, Dios tiene que guiarnos por medio de su “escuela de la humillación”.





## LEY Y EVANGELIO EN LA PREDICACIÓN

El propósito de la predicación es vivificar el contenido de la Biblia para que el oyente se encuentre con Dios. Solamente el Espíritu Santo puede hacer tal obra, algo que nos llena de respeto y esperanza. Nos trae respeto y nos humilla el saber que no podemos hacer nada sin el Espíritu Santo, y al mismo tiempo, nos llena de confianza y denuedo porque todo es posible con el poder y la gracia de Él.

La meta principal es el encuentro con Dios. Pero acá surge la pregunta: ¿Cómo puedo mostrar a Dios? Gálatas 3:1 dice que debo presentarlo “claramente” como crucificado. Para lograr revelarlo tenemos que conocerlo. Debido a ello, tenemos que tratar el tema acerca de la ley y el evangelio en la predicación. Porque la predicación de la ley y del evangelio es la única y correcta predicación sobre Dios y el camino para tener comunión con Él. Trataremos entonces algunas preguntas muy importantes sobre la ley y el evangelio.

### **1. La relación básica entre la ley y el evangelio: Dios realiza dos distintas obras mediante su Palabra.**

La definición de Lutero sobre la diferencia entre la ley y el evangelio es conocida. Se encuentra por ejemplo en su sermón del quinto domingo después de Pentecostés: *“La ley predica únicamente sobre nuestro pecado y la ira de Dios. El evangelio es la predicación que sólo muestra y regala la gracia y el perdón de Jesucristo”*.

El contenido de la predicación hoy en día demuestra otra orientación, una que difiere mucho de la opinión de Lutero. Ahora se habla más sobre “el regalo” y “la tarea”. Otros predicán sobre “la moral” y “la religión”.

La experiencia de los primeros luteranos en cuanto a la ley y el evangelio fue muy profunda. Sus pensamientos se basaban en la Escritura y se verificaban por la experiencia de la fe. Por eso decían: *Dios realiza dos distintas obras mediante su Palabra*. El artículo sobre la penitencia en la Apología de la Confesión de Augsburgo enseña que: *“Dios mortifica y vivifica, condena y consuela, se enoja y tiene misericordia”*. Y, además: *“Estas obras hechas en los creyentes por Dios son las más importantes”*. Toda la Escritura afirma que Dios primeramente alarma nuestros corazones y nos muestra el pecado, luego nos consuela, nos levanta y nos vivifica. La doctrina bíblica es esta: La ley nos muestra nuestra debilidad y juzga nuestro pecado, pero él evangelio es la promesa de Dios por la cual nos otorga la gracia de Jesucristo. La promesa de la gracia se repite varias veces después de la caída de Adán.

Esta enseñanza acerca de la ley y el evangelio la aprendieron no por observaciones terminológicas de la Biblia. Ellos sabían que el Nuevo Testamento no tenía una determinada terminología en cuanto a la ley y el evangelio. La Fórmula de Concordia cita Marcos 1:1 y 4 donde “evangelio” se usa para describir la exigencia de la penitencia y la promesa de la gracia. Otras citas bíblicas usan la palabra “evangelio” para decir, salvación en Cristo. Las diferencias en cuanto al uso de esta palabra en el Nuevo Testamento, era conocida por los primeros luteranos.

En consecuencia, no podemos refutar su doctrina sobre la ley y el evangelio basándonos en el Nuevo Testamento y el uso de estas palabras. Los reformadores sintieron y experimentaron la ira de Dios. Y luego experimentaron la salvación por pura gracia. Sin esa lucha y sin haber tenido remordimiento de conciencia, no se puede entender esta doctrina.

Estudiaremos más profundamente, el significado de las dos obras que Dios hace con su Palabra. Pero por ahora, enfatizaremos que la experiencia personal de estas obras es necesaria para comprender su significado.

Hoy en día escuchamos a menudo que inclusive “la tarea” de extender el reino de Dios es como un evangelio. Karl Barth, por ejemplo, es un representante típico de este punto de vista. Él sigue la tradición reformada que difiere del luteranismo cuando dice: “*La ley no es otra cosa que una especie de evangelio, porque su contenido y meta es la gracia. “Gracia” significa nada más que una demanda y exigencia a los hombres*”. Para él, no existe una gran diferencia entre ley y evangelio, y la armonía entre los dos es obvia. ¿Cómo es posible para Barth, sostener esta opinión? Porque su punto de vista es que Dios hace una sola obra. Cuando mortifica y vivifica lo hace por puro amor. Cuando su Palabra nos juzga y condena se debe comprender esto como un acto de la gracia de Dios. De todas maneras, Dios nos habla. “Y cuando Él habla al hombre, consideramos que lo hace por gracia”.

Este es un pensamiento típico. La ley, la exhortación, son parte del amor de Dios. Pero los luteranos no piensan así. Ellos enseñan, que la gracia si existe, pero únicamente para los justos. La ley *promete* gracia solamente para el

justo. *¡Si cumplieres los mandamientos, vivirás! ¡Si no los cumplieres, la ira de Dios te alcanzará!* (Dt. 28; Gál. 3:12). La ley no es solamente una instrucción sobre lo que debe hacer el hombre. Por naturaleza no somos justos, en consecuencia, no podemos hacer lo que exige la ley. La obra de Dios mediante la ley no es de carácter pedagógico-educativo. Somos pecadores, y la ley tiene que juzgarnos y condenarnos.

Dios hace dos cosas distintas mediante su Palabra. Tenemos que captar y entender profundamente este pensamiento bíblico. Que Dios está enojado no es lo mismo que Dios es misericordioso. Condenar no es consolar. Mortificar no significa vivificar. Por eso no puede ser que cualquier mensaje de Dios sea un mensaje de su gracia. El profeta que habla acerca de la copa llena de ira, y la consecuencia de eso, no está compartiendo la gracia de Dios, sino su ira. La Palabra de Dios sobre la perdición y el fuego de Satanás para los incrédulos, no es un mensaje de gracia, es un mensaje acerca de la ira de Dios.

Lutero dice en los Artículos Esmalcáldicos: *“Dios nos ha dado su ley para controlar el pecado por amenazas de castigo y promesas de gracia. No cabe duda de que Dios tiene un propósito bueno con la ley. Y nos desea todo bien. Pero la ley es necesaria debido a la maldad que ha causado el pecado de los hombres. Al escuchar la ley algunos pecan más que antes porque no toleran el juicio. Otros se vuelven ciegos y jactanciosos, ilusionados por sus buenas obras, ellos son hipócritas y falsos santos”*. El ser humano solamente puede actuar en contra de la ley, haciendo mal uso de ella o imaginándose cumplirla.

¿Cómo es posible actuar de esta manera? Primeramente: Se acepta solamente lo que se entiende del decálogo, lo que parece bueno y razonable. La segunda forma consiste en pasar por alto la primera tabla de la ley que nos exige amar a Dios sobre todas las cosas y confiar sólo en Él. Esto es borrar y pasar por alto lo primero y lo más decisivo de la ley. Lutero tenía razón cuando explicó todos los mandamientos a la luz del primero. La religiosidad popular no comprende esto. Ella no toma en serio el primer mandamiento. Por eso tampoco entiende la seriedad de los demás. Debido a esto se pierden la base y la seriedad de los mandamientos. Los cuales muchos los consideran como exigencias morales y que sus contenidos pueden ser determinados por el hombre mismo. De esta manera la ley se acomoda a nuestra propia situación, y llega a ser nuestros propios mandamientos y órdenes. Esta es la característica del fariseísmo.

La ley de Dios es santa y perfecta (Rom. 7:12). La intención de Dios es buena. Pero el hombre es malo. Nosotros malinterpretamos y fracasamos en cumplir los mandamientos de Dios. Consecuentemente nunca alcanzamos la gracia que promete la ley a los perfectos. Porque somos pecadores perdidos.

Cuando la santidad de Dios se pone frente a nuestro corazón pecaminoso mediante la predicación de la ley, entonces vemos su ira. La palabra de la ley se revela como la ira de Dios cuando se predica a los pecadores.

La ley predica la ira de Dios sobre nuestros pecados, como Lutero dice: “La obra principal es destapar el pecado original con todos sus frutos y revelar la naturaleza pecaminosa y la perdición del hombre. La ley nos acusa por no tener y no respetar al Dios verdadero. Como resultado

el hombre se asusta y se humilla. Quizá desea ayuda, pero no la halla, y no sabe dónde encontrarla. Luego comienza a criticar a Dios y se vuelve enemigo de Él. Es lo que explica la Biblia cuando dice que *“la ley produce ira”* (Rom. 4:15) y *“la ley se introdujo para que el pecado abundase...”* (Rom. 5: 20a).

Sin la *“conscientia perterrefacta”* (en la Confesión de Augsburgo) que significa *“la conciencia destrozada”* ningún hombre puede entender algo del evangelio de la gracia.

El remordimiento de conciencia es, según Lutero, solamente una idea anticipada del juicio inalterable de Dios en el último día. Lo esencial de la perdición es el sufrimiento de la conciencia. Existe una relación íntima entre el juicio actual (la conciencia mala actual) y el juicio venidero (los sufrimientos eternos de la conciencia). Un ejemplo de esto es Judas. Su conciencia sufrió terriblemente por la ira de Dios cuando entendió que había negado a Jesús, y se suicidó. Cuando el juicio de Dios se revela por la ley acá en el mundo, la conciencia sufre como la de Judas. (Si el pecador vive lejos de la Palabra de Dios no le duele tanto.) En la eternidad los pecadores perdidos sufrirán peor que Judas, debido al juicio final sobre sus vidas.

Porque somos pecadores, la ley llega a ser la revelación de la ira de Dios. Acá tocamos un punto muy importante en cuanto a la predicación. ¿Tomamos en serio la ira de Dios? Es el mensaje sobre la ira de Dios lo que falta cuando la diferencia entre la ley y el evangelio se rechaza o cuando se mezclan los dos. ¿Acaso no existe mucha confusión en cuanto a esto hoy en día? Tanto la ley como el evangelio se consideran expresiones del amor de Dios. El regalo de Dios y nuestros deberes se unen *“orgánicamente”*. El

cristianismo se entiende como una “síntesis entre religión y moral”. Todo esto es prueba de la confusión. La ira de Dios sobre el pecado, y el castigo de Dios sobre el pecador desaparecen. No se comprende que la santidad de Dios revela su ira sobre el pecado y sobre la incredulidad del hombre. La seriedad de la ley se pierde a pesar de las buenas intenciones de intensificar la predicación sobre los mandamientos. Dios es Santo, dice la Biblia, y la consecuencia para cada pecador es la perdición eterna.

Los fundadores luteranos dijeron (en latín): “*Lex est Deus accusans et damnans. Evangelium est Deus absolvens et iustificans*”, lo que significa: “La ley es Dios cuando nos acusa y nos condena. El evangelio es Dios cuando nos absuelve y nos justifica”. Es *Dios* quien viene a nosotros –con su ira– cuando se predica la ley, no viene con una “tarea” o demanda que el hombre puede cumplir. Es también *Dios* quien viene en la predicación del evangelio, no se trata de un “regalo” como cualquier otro regalo. Este regalo es muy especial, porque tiene un precio elevado. ¡Jesús pagó por este regalo con su propia sangre! La obra de Dios cuando me obliga a rendir cuentas es algo muy serio, porque soy pecador. El pecado como una carga sobre mi propia persona es ley, mientras que el pecado cargado sobre *Jesucristo* es evangelio. Con la ley Dios me busca para condenarme, con el evangelio me rescata.

¿Qué es la salvación? La respuesta, dependerá de nuestros pensamientos acerca de la ley y del evangelio. Si todo el mensaje bíblico fuera solamente gracia, la salvación significaría un impulso, una fuerza que me ayudará a cumplir lo que exige la ley. Si Dios hace sólo una obra con su Palabra, la salvación entonces llega a ser una nueva capacidad para vivir una vida mejor. Pero, si Dios hace dos cosas

mediante su Palabra, y si el mensaje sobre la ira verdaderamente me condena, la salvación es la gracia del evangelio que me salva de su ira.

Es cierto: La gracia de Jesucristo me salva de la ira de Dios. Esto significa salvación. Así dice la Escritura (Rom. 5:9; 1 Ts. 1:10). La salvación es el perdón de nuestros pecados (Lc. 1:77).

La salvación es posible únicamente cuando se escucha el evangelio. Mediante ello se crea la fe en Jesucristo. Si no lo encuentro a Él, la ira de la ley me acusa, y sigo estando bajo la condenación de Dios. En el momento de creer que mis pecados me son perdonados en Cristo Jesús, hallando así, confianza en Él mediante la fe, la acusación de la ley pierde su poder sobre mí. Entonces la ira “golpea” al Hijo de Dios, que fue hecho maldición por nosotros (Gál. 3:13). Por Él somos salvados de la ira.

Con las expresiones: “conscientia perterrefacta” y “conscientia consolata” los fundadores luteranos explicaron cuáles eran los resultados de la ley y del evangelio. Por su *santidad*, Dios condena al pecador y lo rechaza para siempre. Pero, por su *amor* lo redime y lo adopta en su comunión ¡Así es Dios! Cuando predicas esto, tienes que hacerlo a la luz del Gólgota y del sepulcro vacío, o sea: Tienes que proclamar que la ira de Dios alcanzó al mediador, a Jesucristo, en vez de destruirnos a nosotros.

Mientras vivamos en este mundo necesitamos estas dos enseñanzas distintas: La ley y el evangelio. Mediante la ley conocemos la ira y el juicio de Dios. Sin embargo, debido a la nueva comunión con Jesús por la fe, el creyente no es condenado (Jn. 3:17-18). Si aceptamos que somos culpables cuando la ley nos condena por nuestros pecados,



y nos volvemos a Cristo para recibirle a Él, no seremos condenados: “*Si, pues nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados, más siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo*” (1 Co. 11:31-32).

El juicio sobre el creyente se realizó cuando Jesús fue condenado en su lugar, sufriendo la muerte en cuenta suya. “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica ¿Quién es el que condenará, Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:33-34).

La fe en Cristo hace la gran diferencia entre el creyente y el incrédulo. Para el mundano el juicio de Dios es pura ira, pero al creyente le sirve como disciplina y corrección. Cualquier problema o sufrimiento en este mundo es castigo sobre el no creyente, pero amor educativo para los hijos de Dios.

El incrédulo tiene un Dios que está en contra de él, mientras que el creyente tiene un Dios que está a favor de él (Rom. 8:31). Los hijos de Dios están bajo su gracia, tanto en la adversidad como en la prosperidad. A la luz de la Biblia, vemos “la disciplina” como parte del amor de Dios para con sus hijos.

Mediante la fe en Jesucristo vemos el juicio de la ley como la “obra extraña” de Dios. La meta principal de Dios fue la de salvarnos: “*No nos envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él*” (Jn. 3:17). Esto es algo que se realiza únicamente *en Jesucristo*. Fuera de él no hay gracia, solamente castigo y condenación. La gracia se manifiesta con más claridad cuando se ve sobre

esta base. *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”* (Rom. 8:1) *¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?* (He. 2:3a).

## 2. La ley y la vida social

La iglesia luterana, enseña que la ley tiene tres funciones:

- a. La misión de la ley es mantener el orden y evitar el caos en el mundo. También sirve para proteger y conservar las instituciones establecidas por la voluntad divina, lo que los reformadores llamaron el uso político, en latín: “*Usus politicus*”.
- b. La segunda tarea de la ley es condenar y juzgar al hombre pecador para que busque al Salvador: “*Usus elencticus*”
- c. Luego tenemos el tercer uso de la ley: “*Tertius usus*”. Es cuando la ley funciona como guía y regla para el creyente en su nueva vida con Dios.

En este capítulo diremos algo sobre el primer uso de la ley y lo que la predicación debe enfatizar acerca de este tema.

Primero, tenemos que aclarar que la distinción entre las tres funciones de la ley no debe entenderse muy estrictamente, o muy esquemáticamente. Es la misma ley de Dios que trabaja todo el tiempo. Y es la misma ley la que realiza diferentes cosas. Por eso la Fórmula de Concordia pregunta: *¿Tiene la ley de Dios un mensaje para todos los hombres, inclusive el derecho de hablar a los incrédulos?*

Como predicadores, tenemos buenas razones para meditar sobre esa pregunta. Porque muchos piensan que la voluntad del Señor es un tema especial, solamente para los que se interesan por la religión. Pero que los demás no tienen por qué preocuparse por estas cosas, si no les interesa.

Incluso en el creyente existe un pensamiento parecido. A veces se escucha decir: “¡Pero no podemos esperar otra cosa de ese incrédulo! O sea: La idea es que no se debe exigir nada de ellos, porque no son creyentes. Aquí tenemos un gran peligro para la predicación cristiana. ¿Acaso los no creyentes tienen permiso para olvidarse de la ley?”

Un estudiante que explicaba la situación de los creyentes en la Universidad dijo: “Ahora existe más respeto por un cristiano. Los demás aceptan que el cristianismo es como cualquier otra ideología, y nos dejan en paz. Piensan que cada uno puede escoger su propia ideología, y así, todos respetarnos mutuamente. *Pero este nuevo pensamiento representa un gran peligro para los creyentes*”.

Él tiene razón. Si este punto de vista se incrementa, el resultado será que los cristianos se aislen, formando un “getto”. Crecerá la opinión de que cada uno tiene una buena ideología. El cristianismo se considerará como un parque nacional o reserva natural, donde viven animales “raros”. Si los cristianos se mantienen dentro de su parque pueden vivir en paz, y de esta manera se evita que “molesten” a otros con sus creencias.

Muchos políticos piensan de la misma manera: Si damos a los cristianos la libertad de practicar su fe en paz, sin que molesten a otros, nosotros podemos continuar viviendo según nuestras propias leyes.

Otra cosa importante que debemos mencionar, es que muchos han perdido el conocimiento de la ley de Dios. Si una generación no escucha la ley y la interpretación de ella, tampoco tendrá suficiente conocimiento para practicarla.

Debemos proclamar la ley y enseñar con toda claridad que ella es santa e inalterable y que incluye a todos los hombres sin diferencia. *“No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”* (Gál. 6:7). Esto es algo que tiene consecuencia para toda la sociedad. Lutero nos enseña, por ejemplo, que uno de los pecados más grandes contra el tercer mandamiento es despreciar la predicación y la Palabra de Dios. La sociedad que no tiene respeto por el domingo y la costumbre de escuchar la Palabra es una sociedad pobre. Otro ejemplo que demuestra que los mandamientos son para todos sin excepción, puede ser el sexto mandamiento: *“No cometerás adulterio”* (Ex. 20:14). Todos están incluidos, tanto los creyentes como los incrédulos deben respetar el mandato instituido por Dios. El predicador que habla concretamente sobre los pecados que se cometen contra ese mandamiento no tendrá ninguna popularidad, pero es su deber predicar la voluntad divina.

Los mandamientos tienen que ver con toda la vida humana. Se debe predicar esto con mucho poder. Pero no resultará si falta amor. El tono negativo de alguien que critica no producirá un buen resultado. El Señor mismo es un buen ejemplo para nosotros en este aspecto. Él habló a veces con palabras duras, pero lloró al mismo tiempo. Él tenía compasión por la gente a pesar de la necesidad de corregirla y reprenderla.

Las metas del primer uso de la ley no son sólo castigar y disciplinar duramente, sino también explicar las consecuencias de no vivir conforme a la ley. De esta manera, obligaremos a la gente a corregir su conducta en forma positiva, animándola a vivir conforme a las leyes de Dios. Al respecto, un pastor dijo una vez a los jóvenes de su iglesia: *“Recuerden que los diez mandamientos representan la buena voluntad de Dios. Son reglamentos de vida. Si actúas contra ellos te destruirán. Si los practicas, te conducirán por la vida”*.

Este pastor tenía razón, porque Dios, por ejemplo, incluye una promesa cuando dice: *“Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”*. El sueco Rosenius dijo: *“No alcanzarás el cielo cumpliendo los mandamientos, pero Dios te da ricas bendiciones acá en la tierra si quieres vivir conforme a ellos”*.

Dios gobierna el mundo con sus leyes e instituciones. Todos deben respetarlas para mejorar la situación del ser humano en este mundo. Es cierto que no se ganará el mundo para Cristo sólo mediante decretos justos y buenos gobiernos. Esta es la tarea del evangelio. Pero la Iglesia vivirá mejor en un país donde existe respeto por la ley de Dios y buenas condiciones para trabajar en paz.

Resumiendo, podemos decir que la ley tiene que predicarse para todos sin excepción. No se trata solamente de instrucción sobre la voluntad del Señor. La exigencia de la ley tiene que ver, con Dios, quien viene a nosotros con demandas de perfección. El primer uso de la ley también revela la ira de Dios. Lo que siembre el hombre,

eso también cosechará. Se trata de cada individuo de la sociedad, se trata de ti.

### **3. La ley de condenación**

La función más importante de la ley, según Martín Lutero, es condenar. Primero, veremos algunos malentendidos en cuanto al segundo uso de la ley.

El predicar filosóficamente sobre moral y sobre reglas humanas no es la tarea más importante del que predica la ley. El oyente necesita algo más. Casi todos están de acuerdo con esto. No debemos predicar la ley -dicen- mejor que se predique el evangelio de Cristo, sino el mensaje no será de ayuda alguna. Pero son pocos los que entienden que la ley es algo más que normas éticas. Para muchos se trata de buenas reglas, que pueden predicarse separadas del mensaje de salvación en Jesucristo. Ellos olvidan que el oyente necesita saber que hay solamente uno que cumplió los mandamientos. Sin la mención de Cristo y la fe, se pierde el entendimiento necesario y el oyente no se da cuenta de que Jesucristo fue el único que cumplió verdaderamente la ley. El oyente que no tiene este conocimiento, sigue pensando que tiene la posibilidad de ser mejor delante Dios. Su boca no se cierra, y no se siente culpable frente a Dios: “Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Rom. 3:19-20).

Alguien dijo equivocadamente: “La ley no cambia su carácter. El uso cívico y primero de la ley no es otro que el segundo uso que es más espiritual, o sea: Los mandamientos

tienen un efecto externo (el uso político) y un resultado interno (el segundo uso de la ley). Cuando se escuchan varias veces las exigencias de la ley, el hombre, poco a poco entiende que le falta amor para cumplirla mejor. Es suficiente predicar sobre la obligación y la tarea que tiene el hombre para con Dios. De esta manera nace la convicción del pecado original y se entienden sus consecuencias”.

Pensamientos como estos son muy frecuentes. Pero no son bíblicos. La ley no es únicamente una norma ética. Es algo más. Encontrarse con la ley implica encontrarse con Dios mismo. Es ver a Dios en su santidad e ira. La ley no sólo revela algunas reglas divinas que sirven para nuestra vida, sino que revela al Señor, el Dios viviente que es fuego consumidor sobre todo pecado (Rom. 1:18; 4:15; He. 12:29).

Si la ley es sólo una norma ética y nada más, el resultado de la predicación de la ley es que el hombre conocerá la tarea y los deberes que tiene para con Dios y los hombres, pero no sabrá nada de la ira de Dios sobre su pecado. En consecuencia, no entenderá que la ley es la revelación de esa ira. Quizás hemos olvidado predicar sobre la ira de Dios. A veces usamos las expresiones “justicia” y “santidad” pero la “ira” no se menciona. Las consecuencias negativas de esto son grandes. Únicamente cuando el hombre ve algo de la ira de Dios, tiene verdaderos problemas con su pecado. En realidad, recibimos mejor las leyes y los decretos divinos que la ira de Dios. Las exigencias divinas producen mucha actividad y satisfacen al religioso. Si las mismas personas llegan a conocer a Dios en su ira, su actividad disminuye, y su problema más grande llega a ser Dios mismo.

Normalmente Dios no es un problema para la religiosidad. Obviamente tenemos a Dios a nuestro lado como un ayudante -dicen. Nuestro problema es satisfacerlo. ¿Cómo podemos lograr hacer *todo* lo que nos exige? (Dios es más problemático para el ateo y el agnóstico. Porque su problema es si existe un Dios o no).

¿Cómo fue la situación de los grandes personajes de la Biblia? ¿Sentían ellos que Dios era un problema? Veamos algunas citas bíblicas del libro de los Salmos donde encontramos a creyentes que luchaban por encontrar un Dios misericordioso que podía perdonar sus pecados:

*“Jehová, no me reprendas en tu enojo, ni me castigues con tu ira. Ten misericordia de mí, oh Jehová...”* (Sal. 6:1-2a).

*“Jehová, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira. Porque tus saetas cayeron sobre mí, y sobre mí ha descendido tu mano, nada hay sano en mi carne, a causa de tu ira; no hay paz en mis huesos, a causa de mi pecado. Porque mis iniquidades se han agravado sobre mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mi”* (Sal. 38:1-4).

*“A ti, oh Jehová, clamaré, y al Señor suplicaré. ¿Qué provecho hay en mi muerte cuando descienda a la sepultura? ¿Te alabará en polvo? ¿Anunciará tu verdad? Oye, oh Jehová, y ten misericordia de mí”* (Sal. 30:8-10a).

*“No me desampares, oh Jehová, Dios mío, no te alejes de mí. Apresúrate a ayudarme, Oh Señor, mi salvación”* (Sal. 38:21-22).

*“¿Estarás enojado contra nosotros para siempre? ¿Extenderás tu ira de generación en generación?”*



*Muéstranos, oh Jehová, tu misericordia. Y danos tu salvación” (Sal. 85:5 y 7).*

*“De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; Estén atentos tus oídos. A la voz de mi súplica. JAH, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, Para que sea reverenciado. Esperé yo a Jehová, espero mi alma; en su Palabra he esperado” (Sal. 130:1-5).*

Todas las citas mencionadas arriba verifican que la ira de Dios produce en el hombre una tristeza profunda por el pecado y la necesidad de un salvador. Es la tarea de la predicación, mediante el segundo uso de la ley, producir tal efecto. En caso contrario los hombres “se vuelven hipócritas como los fariseos o personas perdidas como Judas” (La Fórmula de Concordia). Si la ley no convence al hombre de que está totalmente perdido en su pecado si no cree en Jesús, llegará a pensar como los religiosos, que esto sí lo logró con la *ayuda* del Señor. Otros tienen un punto de vista más fatalista, pensando: nada es posible. ¿Si Dios está en contra, qué puedo hacer sino morir? –dicen.

Es necesario que “Cristo tome la ley en sus manos y la interprete espiritualmente”. Lo que sucede entonces, según la Fórmula de Concordia, es que “la ira del cielo se revela para todos los pecadores como algo muy terrible y mediante ello llegan a conocer su pecado, algo que Moisés con su ley nunca pudo lograr”.

Ahora tocaremos el punto más importante de la predicación y a la vez lo más difícil. Primero vemos que tiene que predicarse las consecuencias del pecado. La ley no es solamente una norma ética, sino la revelación de la ira de Dios. Nuestra desgracia no es que somos demasiado débi-

les para cumplir los mandamientos. El problema es nuestro corazón pecaminoso y nuestra incredulidad, que están en contra de Dios. La predicación debe hacernos conscientes de ello. Lutero dijo: *“El pecado heredado es tan profundo y tan terrible que no se puede entender por la razón humana, sino hay que creerlo por la revelación de la Escritura. La ley obliga comunicarle al hombre que no tiene y no merece ningún Dios verdadero, y que sólo puede adorar a los dioses falsos. Sin esa comunicación por la ley, no llegamos a conocer esta verdad”*. No se llega a conocer la profundidad del pecado mediante la razón humana. Se cree ésto por revelación cuando se lo predica. Cada ser humano necesita una convicción profunda de esto, y no como una idea solamente sino como un experiencia profunda y verdadera.

Y no es cierto que se crea esta convicción si se predica por algún tiempo sólo la ley sin evangelio. Al respecto, un pensamiento común es este: *“Para causar más conocimiento del pecado debemos predicar sólo la ley. Luego podemos compartir el evangelio para levantar al pobre pecador”*. Pero, de esta manera la predicación de ley y evangelio llega a ser algo mecánico. La ley y el evangelio no son medios parecidos a las herramientas de un obrero. No se puede comparar al ama de casa que mezcla azúcar y harina para distintas masas, dependiendo de que clase de pan hará. No tenemos ningún derecho de usar la ley y el evangelio según el criterio de uno mismo. ¡Dejemos al Espíritu Santo trabajar en la predicación! Además, debemos saber que es imposible compartir verdaderamente la ley sin que se escuche al mismo tiempo el evangelio y viceversa.

La ley nos convence de pecado e incredulidad. *“De pecado, por cuanto no creen en mí”*, dijo Jesús en Juan 16:9. Pero. ¿En qué consiste la incredulidad? Es el pensamiento

equivocado y pecaminoso de hacer a un lado a Jesucristo y su obra salvadora, por falta de necesidad, interés o por no querer creer en Él. Es precisamente esa incredulidad lo que la ley revela y castiga. Pero no puede hacerlo, si el evangelio no está presente con algo de su brillo y su luz. Porque la incredulidad se ve a la luz del evangelio. Si no está presente el evangelio, tampoco se revela el pecado original. Sólo a la luz del evangelio se entiende que el pecado más grande es despreciar la salvación en Jesucristo y estar en enemistad con Dios. Bajo la misma luz del evangelio el pecado se ve como una maldad cometida *contra Dios*. El problema es el pecado mismo, o sea el corazón donde se produce la maldad. A pesar de los grandes esfuerzos por mejorar los hábitos y malos pensamientos (las consecuencias del pecado), quedará la fuente de maldad (el pecado original). Solo cuando la ley y el evangelio se predicán juntos, se revela la ira verdadera de Dios y queda descubierta la enemistad entre el hombre y Dios.

La ley y el evangelio no tienen que entenderse como un sistema cronológico, es decir, primero es la ley y luego el evangelio. La incredulidad y el pecado se manifiesta en su totalidad sólo y cuando la ley se predica a la luz del evangelio. Martín Lutero dijo una vez: *“No existe predicación más terrible de la ira de Dios sobre el pecado, que la palabra acerca del sufrimiento y la muerte de Jesús”*. Cuando se menciona el precio, lo que Dios pagó al enviar a su propio Hijo hacia la muerte, verdaderamente se comprende el mensaje condenatorio de la ley.

Que la ley y el evangelio sean simultáneos, corresponde a los misterios del Espíritu de Dios. Él actúa como quiere. El evangelio que consoló a alguien cuando estaba condenado

y perdido, llegó a ser quizá una puñalada en la conciencia de otro.

La ley y el evangelio actúan juntos, pero no forman ninguna “unidad”. El evangelio no puede condenar ni asustar. Esto es obra de la ley. Y la ley no necesita “la ayuda” del evangelio. Lo que sucede es que la ley se revela a la luz del evangelio, o sea que el evangelio arroja luz sobre la ley. De esta manera la ley puede causar un efecto de perdición y acusación en el oyente. Es una nueva situación creada por el Espíritu Santo. Es un proceso de muerte.

El predicador nunca debe olvidarse lo escrito en Romanos 7:9-11 y Gálatas 2:19: *“Y yo sin la ley vivía en un tiempo, pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida a mí me resulto para muerte, porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó y por él me mató”*.

*“Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios”*.

El hombre natural no comprende esto. El ser humano piensa que la ley sirve como una escalera hacia el cielo. Pensamos que, si tomamos en serio lo que ella dice, y si pedimos ayuda del Señor, un día alcanzaremos la salvación. El hombre pecador no puede reconocer su debilidad y su situación ante Dios. Cuando la ley nos dice que es peor “ser” pecador que “cometer” pecado, protestamos. Podemos aceptar, quizás, que cometemos errores de vez en cuando, y que no siempre hacemos lo que deberíamos. Pero el reconocimiento del pecado original y de la maldad que vive en mí, no es algo tan fácil. Un médico dijo: *“Lo más difícil es convencer al paciente neurótico de que el*

*mismo está enfermo*". No hay solamente "algo" enfermo en él, sino que "está" enfermo. Normalmente se entiende que algo no está bien, y que se necesita un tratamiento mediante una medicina o una cirugía. Pero no es tan fácil convencerlo de que toda su personalidad está enferma. En el mundo espiritual es todavía más dificultoso aceptar esto.

El joven rico en Marcos 10 (Mt. 19), es una buena ilustración. Él fue a Jesús para saber: "¿qué haré para heredar la vida eterna? Él sabía que le faltaba algo. Y su pregunta era: "¿Qué más me falta?" Jesús le dijo: "¡Guarda los mandamientos!" "Todo esto lo he guardado desde mi juventud", contestó. Su pensamiento era: ¿Qué es lo que me falta ahora? Debe haber algo que aún no hice. ¡Dime, y lo haré! Este hombre, comprendió que no todo estaba en orden, pero no aceptó que el problema era él mismo. Por eso la ley tiene que convencernos del pecado original.

Una persona que está siendo llamada por Dios o una persona que es probada en la fe piensa de la misma manera: "Debo leer más la Biblia". "Debo orar más". La tarea de la ley es preguntar: "¿Para qué leerás más? ¿Por qué piensas que la oración te ayudará? ¿No comprendes que el problema se encuentra en ti mismo? *Tú* estás perdido. ¡Acéptalo! La ley no es una escalera al cielo, sino que, nos revela la división que hay entre Dios y los hombres.

*"... Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley"* (1 Co. 15:56). Lutero explica este versículo de la siguiente manera: "*La muerte es un enemigo grande con una lanza terrible. La lanza es el pecado que mata al hombre. La punta de la lanza es la ley que penetra y destruye*". El hombre anda muy contento y feliz hasta la hora de su muerte, y de pronto todo cambia. El pecado lo

atormenta y nace el clamor: ¡Ay de mí! ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo es posible este cambio entre la situación anterior y esta situación frente a la muerte? Lutero responde: “Es la obra de la ley. Si no fuese por la ley, el pecado estuviera muerto y sin posibilidad de molestar. Cuando la ley de Dios penetra hasta la profundidad del corazón, el pecado revive y aumenta hasta causar condenación y angustia por la muerte y la ira eterna. La única salvación es que el pecador se aferre a la victoria de Jesucristo”.

Nuestro deber –entonces– es proclamar la inevitable ira de Dios, para que nuestro corazón y nuestra voluntad sean atados, sin desear, pensar ni poder hacer nada bueno. Proclamar que nuestro destino es la perdición eterna en el infierno si Dios no nos muestra su misericordia. Si en la predicación no se incluye este aspecto, la ley será únicamente filosofía, moral o mandatos humanos. La ley de Dios es la acusación de la ira de Dios. Es la voz del Señor quien busca al pecador para destruirlo y echarlo al infierno, si éste no busca refugio en el Salvador.

#### **4. La ley como una regla**

En el mundo teológico de hoy existe mucha confusión acerca del tercer uso de la ley (“*tertius usus legis*”). Según el pensamiento bíblico, el tercer uso de la ley enseña que la ley es una regla para el creyente, es decir, para los hijos renacidos de Dios. Pero muchos teólogos modernos niegan esta función de la ley. La ley condena, y nada más, dicen. Debido a esto, rechazan la doctrina sobre la ley como una guía para el creyente. Algunos de estos teólogos, opinan que la corrección para los creyentes es tarea del evangelio. Tampoco aceptan que la ley tenga carácter instructivo. La ley condena, más no informa, dicen.

Nosotros admitimos que el carácter de la ley es condenar más que informar. Pero no queremos anular la doctrina sobre el tercer uso de ley. Por lo que también enseñamos que el renacido necesita una corrección diaria debido a las dos naturalezas que tiene. El amonestar, corregir e instruir al creyente es parte y otra función de la ley, porque es una demanda, o sea algo que se exige del cristiano.

Ahora, ¿cuál es la doctrina bíblica acerca del “tercer uso de la ley” según la doctrina expresada en la Fórmula de Concordia?

Lo primero que observamos, es que los reformadores contrarrestaron la opinión de que los evangélicos por sí mismos, fortalecidos por el Espíritu Santo, son capaces de cumplir con las exigencias de Dios, y que el creyente no necesita la corrección de la ley. La Fórmula de Concordia rechaza este falso pensamiento. Es cierto que el cristiano es nueva criatura, pero también sigue siendo un “hombre viejo”. El Espíritu Santo vive en él, pero también sigue siendo “carne”, y “la carne está contra el Espíritu” (Gál. 5:17). *“No es cierto que nuestra carne y sangre corren voluntariamente para realizar buenas obras deseadas por el Espíritu y la fe. El Espíritu empuja a la carne, pero no puede dar la fuerza necesaria para que haga lo bueno”* (Lutero).

Es tarea de la predicación explicar lo que dice Romanos 8:7: *“Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”*. No importa el tiempo que hayamos sido cristianos. Tanto el recién convertido como el creyente experimentado tienen una naturaleza vieja. *“Y la carne, carne es”*, según Jesús. No es posible mejorarla.

En consecuencia, la tarea principal de la ley, es la de ser un “ayo” para llevar a las personas (incluso a los cristianos), a Cristo (Gál. 3:24).

Aparte de la observancia mencionada arriba, la Fórmula de Concordia, enfatiza una cosa más: El mundo está lleno de obras piadosas hechas por católicos y otras personas religiosas. ¿Cuál de ellas satisfacen a Dios? En todos los tiempos hubo una preferencia por las obras “santas” preferidas por Dios, frente a las obras “seculares” de la vida cotidiana. Por eso el hombre necesita saber cuáles son las obras deseadas y favorecidas por Dios.

Fidelidad en el trabajo, amabilidad con el prójimo y abnegación, son buenos siervos del Señor en las tareas diarias, pero parecen tener menos importancia que el liderazgo de la iglesia, por ejemplo. Llega a ser más atractivo ser presidente de la iglesia que visitar a un enfermo. Muchas veces el pastor y “el levita” se apuran para llegar a tiempo a la reunión en Jerusalén, en vez de ayudar al prójimo herido que se encuentra al borde del camino. (Parábola del Buen Samaritano Lc. 10:30-35).

Debido a este tipo de pensamientos, el creyente necesita la exhortación de la ley. La Escritura enseña que es el nacimiento espiritual que crea un nuevo deseo de agradar a Dios de manera voluntaria. La nueva “criatura” tiene deseos de vivir devota y rectamente en este mundo, aunque su carne sigue siendo carne débil. Por eso el tercer uso de la ley tiene como meta ser regla y corrección para el creyente.

Ya mencionamos en un capítulo anterior que el creyente seguirá siendo pecador mientras viva en este mundo. Incluso las mejores obras del cristiano tienen que estar cubiertas por las vestiduras blancas de la justicia de



Cristo. Pero no debemos olvidar que la diferencia entre el mundano y el renacido es grande. El creyente es una nueva criatura. Recibió el perdón de todos sus pecados. También fue declarado justo e hijo de Dios. *“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!”* (Gál. 4:6). *“Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios”* (1 Jn. 5:1). Con palabras claras el apóstol Juan dice que cualquiera que nació de nuevo tiene la “unción del Santo” (1 Jn. 2:20 y 27). El nuevo hombre es “creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:24).

La predicación debe tomar en cuenta esto. El hijo de Dios escucha el evangelio con un entendimiento diferente al del incrédulo. Pero, ¿en qué consiste la diferencia?

En primer lugar, tenemos que mencionar que el creyente está unido a Cristo. Fuimos *“crucificados juntamente con él...”* (Rom. 6:6) *“... y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”* (Gál. 2:20). *“Sí, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”* (Col. 3:1-3). *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”* (Rom. 8:1). La justicia de Dios nos pertenece por la fe (Fil. 3:9). El cristiano siempre está bajo el contentamiento de Dios. Está siempre bajo la gracia divina. Él puede ser juzgado, pero no será condenado. Esta es la diferencia “objetiva” entre un oyente creyente y un oyente no creyente.

A esto corresponde también una diferencia “subjctiva”. El cristiano ama a Dios (1 Jn. 4:19). Y, porque ama a Dios guarda sus mandamientos (Jn. 14:15), aunque la carne está en contra, el cristiano sabe que es responsable de la codicia de su carne, pero al mismo tiempo se considera justo en Cristo, y nota que tiene un nuevo deseo de agradar a Dios y cumplir sus mandamientos. La Palabra dice: *“Bienaventurados los perfectos de camino, los que andan en la ley de Jehová”* (Sal. 119:1). El creyente sabe que la ley juzgó a Jesús en su lugar. Y se considera perfecto por la vida y los méritos de Jesús.

En consecuencia, el Nuevo Testamento usa palabras como “recordar” (1 Co. 4:17; 11:2; 2 P. 1:12), y “memoria” (2 P. 3:1; Jud. 5 y 17) cuando exhorta a los creyentes. Aquí, “recordar” no sólo significa tener memoria de algo, sino que significa algo activo, o sea: cuando el apóstol hace recordar a alguien algo, lo que recuerda, vuelve a “vivir” en su conciencia. Porque en aquellos corazones donde vive el Espíritu Santo, ya existe el conocimiento de las cosas espirituales. Por eso el apóstol no necesita compartirlas algo nuevo. Es suficiente hacerles recordar algo ya conocido. Ustedes “conocen todas las cosas” (1 Jn. 2:20), *“y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe...”* (1 Jn. 2:27). *“... para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas...”* (2 P. 3:2). La Palabra, no es rechazada por los creyentes como lo hacen los incrédulos. Normalmente recordamos a alguien lo que había “olvidado”. La Biblia nos hace recordar lo que “sabemos”. Nosotros pensamos que no es necesario recordarle a alguien lo que sabe. Dios por el contrario nos hace memoria de lo que ya sabemos, sin importar si lo sabemos de antemano.

Podemos decir que la ley viene con palabras conocidas y amadas. A pesar de la lucha contra su carne, el renacido “ama” la ley, y la recibe como la sabiduría de Dios y como una instrucción de su Padre celestial.

La predicación tiene la gran tarea de explicar esto. ¡Hay mucho interés de ser guiado por el Espíritu Santo, pero pocos se preocupan por lo que dice la Palabra al respecto! Muchos buscan la voluntad del Señor mediante la oración y la meditación. Cuando se presenta un problema por ejemplo en una relación de pareja, en cuanto al matrimonio, el divorcio, la homosexualidad, etc., tratan de buscar una solución razonable, que les parezca adecuada y lógica. Lo que dice la Biblia no les preocupa. Sin embargo, la predicación debe recordarnos lo que dice la Palabra. No podemos conocer la voluntad del Señor sin buscar en la Escritura. Cuando la predicación argumenta humanamente, basándose en pensamientos e ideas religiosas sin consultar a la Palabra misma, se pierde el poder de Dios. Y el mensaje profético se transforma en una charla sin “aguijón”.

Algunos dicen: ¿por qué necesitamos un tercer uso de la ley exclusivamente para los hijos de Dios? ¿No hubiera sido suficiente con un solo uso, donde incluyamos tanto a los mundanos como a los creyentes? ¿Por qué es necesario un uso especial de la ley para los cristianos si la ley es para todos los hombres?

Es verdad que la ley es para todos. Pero esto, es solamente una parte de la verdad. El resto de la verdad, es que existe una gran diferencia entre los dos grupos de personas. Ya mencionamos que los creyentes en realidad “desean” andar conforme a la ley, mientras que los incrédulos no “pueden” hacerlo ¿Cómo resultaría la amonestación: “Sed fervientes

en espíritu, sirviendo al Señor” (Rom. 12:11) frente a un grupo de personas que no son creyentes? ¿No debieran escuchar primero algo sobre la necesidad de nacer de nuevo? ¿Acaso puede un mundano, sin el Espíritu Santo, ser más ferviente en el espíritu? No, sino que primero debe convertirse y luego podrá escuchar la exhortación. Por eso se necesita un tercer uso de la ley, para amonestar a los creyentes explícitamente.

Es normal que las personas secularizadas y dormidas espiritualmente, no se preocupen mucho por la voluntad del Señor. Y, a primera vista nos parece que los religiosos se preocupan bastante por ella. Pero lo hacen solamente de una manera superficial. En realidad, no comprenden nada, porque no interpretan los mandamientos a la luz del primer mandamiento, o sea: no aman a Dios, por eso tampoco se preocupan verdaderamente por los demás mandamientos. El creyente –por el contrario– busca la voluntad del Señor. El caos causado por el pecado se transformó en paz con Dios y ahora tiene una buena conciencia. Y éste corazón que saboreó la gracia divina, ve de una nueva manera el deseo y la voluntad del Señor. Le interesa saber verdaderamente cuál es la manera de agradar a Dios. Le es más importante guardar los mandamientos, porque vienen de Dios. No lo hace para “santificarse” a sí mismo, sino porque ya es “santo” y quiere hacer la voluntad de su Señor. Concluimos –entonces– que la ley verdaderamente llega a tener importancia “instructiva” para el que nació espiritualmente. Y no cabe duda de que el tercer uso de la ley como regla para el creyente, es un uso bíblico y necesario.

## 5. Lo característico del evangelio

La explicación de los reformadores luteranos en cuanto al evangelio fue: *“El evangelio es una predicación que demuestra y otorga el amor de Dios en Jesucristo y nada más”*. La Escritura así lo afirma. Es una explicación clara y concisa, pero muchas veces es malentendida. A menudo se escucha un evangelio que no es el verdadero evangelio. ¿Existen algunas señales o características mediante las cuales podemos reconocer el verdadero evangelio?

Lutero dijo: *“Varias veces he dicho que la fe no solamente nos relaciona con Dios, sino que nos da lo que Dios pagó enviando al Hijo. El turco y el judío creen ambos en un dios, pero sin pensar en el medio y el costo de la salvación. ¿En qué consiste el pago? Es algo que demuestra el evangelio, porque ello nos enseña que no podemos tener al Padre, sin tener al Hijo, o sea: No podemos llegar al Padre sino por el medio correspondiente”*.

Lo característico del evangelio es “el precio”, el mensaje sobre lo que Dios pagó. No es suficiente hablar sobre Dios, del amor hacia Él, de la necesidad de leer su Palabra, de creer en Él y del uso de los medios de gracia. La amonestación para hacer todo esto, no es evangelio. Tampoco es suficiente hablar sobre el amor de Dios. El mensaje del amor de Dios no es evangelio si no se incluye nada sobre el costo.

Quizás pienses que esto es exagerado, pero no lo es. Hay muchas personas que se equivocan en cuanto al evangelio. Por ejemplo, la invitación a convertirse, creer e ir a Jesús no es evangelio. Amar a Dios sobre todas las cosas tampoco es el evangelio.

Si la predicación sólo amonesta, corrige y anima a hacer algo, se trata de una predicación de la ley. Todo aquello que pone una carga sobre nosotros, sea una tarea o una obligación, todo lo que nos anime a realizar y hacer algo, es sólo ley, incluso la invitación a creer.

La enseñanza bíblica y luterana sobre la ley y el evangelio, nos explica que Dios realiza dos cosas distintas por medio de éstas dos doctrinas. Por mandamientos, exhortaciones y motivaciones, nunca llegaremos a cumplir la voluntad del Señor.

Si tomamos en serio la ley de Dios, siempre nos faltará algo por hacer. Siempre habrá algo que no podremos cumplir. ¿Quién de nosotros puede entregarse a Dios de la manera correcta? ¿Quién puede creer suficientemente? ¿Quién está seguro de creer en un 100 %? Todos los mandatos y amonestaciones que me señalan me hablan para mostrarme la incapacidad que tengo de amar a Dios y a mi prójimo.

Incluso la predicación sobre la cruz y la sangre de Jesús, puede ser parte de la ley. “La ira de Dios sobre el pecado es más terrible cuando se escucha a la luz del sufrimiento y la muerte de Jesucristo”, dice Lutero, “cuando este mensaje únicamente viene con ira para asustar al hombre, no podemos llamarlo un evangelio. Es palabra de Moisés, es como una ley que condena al pecador”. Toda descripción de la muerte y el sufrimiento de Jesús llega a ser sólo un ejemplo de heroísmo si falta el mensaje del “costo”, es decir lo que Dios pagó al enviar a su hijo unigénito. Son muchos los que consideran a Jesús como una buena persona a la cual debemos imitar. Pero el evangelio dice: Esto lo hizo Dios *por ti* y le costó la muerte de su Hijo Unigénito.

El contenido del evangelio es lo que dice Romanos 4:25: “... *el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación*”.

Debemos aprender a discernir entre la ley y el evangelio. Y no tenemos que separarlos.

Recapitulando podemos decir que:

- En la ley no hay nada de gracia y de misericordia. La ley exige, y siempre nos acusa.
- En el evangelio no existe absolutamente nada de acusación, juicio y demanda. El evangelio no nos carga ni con una pluma, sino que nos relata y nos otorga el mensaje sobre la obra de Dios en Jesucristo. Él, se entregó a la muerte por nosotros, luego fue resucitado de la muerte para nuestra justificación. Este regalo consiste en el perdón de nuestros pecados, y lo recibimos gratuitamente mediante la fe en Jesucristo.

## **6. La Palabra como medio de gracia**

Según el teólogo Schleiermacher, la predicación es la comunicación más espiritual. La predicación es activa. La Palabra, cuando es escuchada, estimula al pensamiento, al sentimiento y a la voluntad del ser humano. La predicación que puede activar la voluntad humana, por ejemplo, es una predicación eficaz. El entusiasmo y la capacidad del predicador juegan un papel muy importante, según él.

Muchas veces se pone más interés en el predicador que en la Palabra misma. La intensidad religiosa, la música, una reunión bien planificada, el uso de la luz y el sonido y otros medios llegan a ser más importantes que la Biblia misma. Todas estas cosas, reemplazan este medio de gracia.

Pablo dice que “engendro” hijos espirituales por medio del evangelio (1 Co. 4:15). La Palabra fue la que actuó, como en la creación: *“Porque él dijo, y fue hecho. El mandó, y existió”* (Sal. 33:9). Dios crea la fe mediante el evangelio. Llegar a ser cristiano es nacer de nuevo.

No es solamente una reacción sentimental o una decisión. No podemos ayudar a nuestros oyentes a ser creyentes mediante emociones o esfuerzos humanos, sino únicamente por escuchar el evangelio: *“... siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”* (1 P. 1:23). La vida nueva no es como una chispa de vida que nos invade, sino que es un nuevo nacimiento por medio del Espíritu y la Santa Palabra.

Cuando hablamos de la necesidad de predicar la Palabra de Dios, no lo hacemos porque puede influir en los sentimientos y en las decisiones del hombre. Sino porque sabemos que la Escritura tiene poder, y que Dios actúa mediante ella.

A menudo decimos que la Palabra es eficaz para crear algo nuevo. Esto no significa que la predicación de la ley tenga esta capacidad. Ella exige y demanda, pero no hace nada, solamente produce ira (Rom. 4:15.). La ley no es capaz de crear algo nuevo. Es el evangelio que transforma al hombre, aunque no puede librarlo de su vieja naturaleza. Acá vemos la necesidad de conocer la diferencia entre ley y evangelio. No es cierto lo que dicen algunos, que la exhortación es parte del mensaje de salvación, y que la amonestación crea una nueva capacidad de vivir conforme a ella. Los reformadores tenían otro punto de vista. Ellos decían: Es imposible para el hombre amar a Dios mediante



la predicación de la ley. La ley de Dios solamente nos asusta y nos acusa. No podemos amar a Dios sin antes conocerlo por la fe y recibir su misericordia.

¿Cómo podemos, entonces, amar a Dios? Es obvio que la ley no me ayudará a hacerlo. Pero el evangelio, que me explica la gracia de Dios en Jesucristo me da el deseo de hacerlo. *“Nosotros lo amamos a él, porque él nos amó primero”* (1 Jn. 4:19).

Ya vimos que el evangelio presenta a Cristo como crucificado (Gál. 3:1). Este mensaje es capaz de crear fe en el corazón (Rom. 10:17), mediante el Espíritu Santo. Cuando el evangelio se escucha, y el Espíritu lo explica, el corazón de pronto lo entiende, y al mismo tiempo nace la fe y la confianza en Jesucristo (Gál. 3:1-5). Esta confianza es nada menos que un resultado de la obra del Espíritu Santo mediante la Palabra (Hech. 10:44). En consecuencia, vemos que el evangelio, y no la ley, es un medio de gracia.

Antes de que el Espíritu Santo cayera sobre la casa de Cornelio en Samaria, le fue dicho mediante un ángel del Señor acerca del apóstol Pedro: *“... él te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa”* (Hch. 11:14). Las palabras salvadoras son el evangelio. En Hechos 10:36-43 vemos como son las palabras que pueden salvar. Escuchando la predicación de Pedro *acerca de Jesús*, ocurrió que: *“Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso”* (Hch. 10:44).

La Palabra es entonces un medio de gracia, y no es un instrumento de sugestión. Y es capaz de salvar al hombre pecador porque en ella obra el poder del Espíritu Santo.



## PREDICACIÓN PARA CONVERSIÓN Y AVIVAMIENTO

*“Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios” (Hch. 20:26-27).*

Así predicó Pablo a los ancianos de la congregación en Éfeso. *“Estoy limpio de la sangre de todos”*. Podía decir esto porque su conciencia le daba testimonio de que había predicado “a plenitud”, o sea: todos los aspectos de la salvación. Pablo había tomado en serio lo dicho a Ezequiel: *“Hijo de Hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel; oirás, pues, tú la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte. Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablases, para que el impío sea apercebido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano. Pero si tu amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad y de su mal camino; él morirá por su maldad, pero tú habrás librado tu alma” (Ez. 3:17-19).*

Alguien dijo: Hay tres cosas importantes que el predicador no debe olvidar:

- ¡Ay de mí si no predico el evangelio!
- Maldito sea el que hace la obra del Señor con engaño.

- Rendiremos cuentas ante Dios quién, “demandará la sangre” de nuestras manos.

Es responsabilidad del testigo de Dios de predicar para la conversión y el avivamiento. Si la gente vive en pecado y lujuria tenemos que reprenderlos. La Escritura es clara: El que no se arrepiente y nace de nuevo acá en esta vida, tampoco tendrá la posibilidad más tarde, sino que se perderá e irá al infierno. Como predicadores ¿creemos esto? ¿O lo hemos olvidado? Seguramente que habría más resultados si tomáramos esto en serio. No olvidemos que la meta del mensaje bíblico es abrir los ojos de los perdidos para que puedan volverse de la oscuridad a la luz, del poder de Satanás a Dios, para recibir el perdón y el privilegio de heredar junto a los hijos de Dios la vida eterna (Hch. 26:18). El propósito de la predicación es llamar a la conversión.

La conversión consiste en arrepentimiento y fe. La Confesión de Augsburgo dice en cuanto a la penitencia en el artículo XII: *“La penitencia consta de dos cosas: Primero tenemos el arrepentimiento y el temor en la conciencia a causa del pecado, luego viene la fe mediante el evangelio y la absolución. Es una fe en que los pecados sean perdonados mediante Cristo que libera a la conciencia del terror”*.

El trabajo del predicador es crear arrepentimiento y fe. Hablaremos primero sobre el arrepentimiento y luego sobre la fe.

## 1. El arrepentimiento

El mensaje tiene que causar arrepentimiento, y no sólo tristeza. El verdadero arrepentimiento nace en un corazón

humillado y dolido, porque reconoce su pecado. Por esto, es de mucha importancia como predicamos sobre el pecado.

El pecado tiene que mencionarse en forma directa y concreta. No es suficiente decir “tu pecado”. Si no se menciona cual pecado tiene en mente el predicador, la mayoría de los oyentes (especialmente los jóvenes) pensarán que se está refiriendo a los pecados sexuales. Tenemos que “ser específicos” cuando hablamos sobre el pecado.

No es menos importante mencionar la incredulidad como raíz de todo pecado. Isaías 59: 2a dice: “... *pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios...*” El pecado contra Dios es terrible. Y sólo hay salvación por la sangre de Jesús. Es nuestro deber anunciar esto. El que vive en pecado sin creer en Jesucristo es un incrédulo que está camino al infierno.

En la Confesión de Augsburgo, el arrepentimiento se describe como el terror que aparece en la conciencia. Es una experiencia real de la ira de Dios.

Es “peligroso” hablar del arrepentimiento como una cualidad que existe en el hombre diciendo: “Nos arrepentimos y por eso nos falta poco para llegar a Dios”. Algunos cometen el error de decir que el arrepentimiento es el motivo real por el cual Dios nos perdona. Otros dicen: “El arrepentimiento se considera el primer paso hacia Dios en el cielo. Luego se puede tomar el segundo paso hacia el camino celestial”. ¡Ten cuidado, porque no es así!

Es la ley que despierta la desesperación de la conciencia. La ley produce “muerte”, y un muerto no es capaz de

caminar. Consecuentemente tenemos que admitir que el reconocer nuestro pecado no es una cualidad salvadora.

Esa verdad se describe en Romanos 7:7-13 y Gálatas. 2:19 sgts. Podemos decir que el resumen se encuentra en Romanos 7:9: *“Y hallé que el mismo mandamiento que era para la vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engaño, y por él me mató”* (Comp. Rom. 7:7-13 y Gál. 2:19-20a).

El arrepentimiento causado por la ley no es un “paso” para avanzar, sino que se trata de una muerte real frente a Dios. No comprendemos tan fácilmente la relación entre el arrepentimiento y la fe en la conversión. Pero son muy distintos, como la muerte y la vida. Existe una relación, aunque tienen que distinguirse como si fueran ley y evangelio. La Apología dice que, *“el morir bajo la ley acontece con arrepentimiento y pavor. Luego resucitamos con Cristo. Esto sucede cuando recibimos consuelo y vida mediante la fe”* (Rom. 6:2,4,11): *“Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva... Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro”*.

Las implicaciones prácticas de esto para el predicador son obvias. El mensaje para un avivamiento y para la conversión tiene que distinguirse entre el resultado de la ley y del evangelio. Es necesario causar arrepentimiento. Pero una conciencia “intranquila” no es una señal de que todo ya está en orden. El mensajero de Dios, el

predicador, no tiene que consolar enseguida al pecador humillado, diciéndole: ¡Verdaderamente, la angustia y el arrepentimiento por tu pecado es una prueba de que estás bien con Dios! No podemos construir paz en un corazón donde existe inquietud. ¡La buena conciencia no se basa en una conciencia mala! La certeza de la fe no se construye sobre el reconocimiento de perdición.

Lo que debemos anunciar a las personas que tienen una conciencia humillada es lo siguiente: Dios está trabajando en ti. Tu paz y tu salvación no tienen que basarse sobre la ley y su obra en ti, sino sobre el evangelio que enseña acerca del perdón en Jesucristo.

Las bienaventuranzas del “Sermón del monte” (Mt. 5:3-11) no se basan en la tristeza, tampoco en el llanto, ni en ser misericordioso, pacificador, humilde o manso. El gozo no consiste en tener hambre y sed, sino en ser hijo de Dios, tener parte en su reino, tener el consuelo y la misericordia por causa de Jesucristo.

El mensaje de conversión le debe enseñar al oyente la seriedad de lo eterno. Las conciencias deben escuchar que ellas tienen toda la responsabilidad por sus almas eternas. ¡Tienes que convertirte! ¡Tienes la responsabilidad de salvar tu alma! De esta manera animamos al oyente a escoger al Hijo. Porque la ira de Dios está sobre aquél que rehúsa creer en Él (Jn. 3:36). La advertencia de resistir al llamado del Señor debe proclamarse con toda intensidad. Permanecer en el pecado sin tener ninguna necesidad del Salvador puede causar la muerte eterna. Además, tenemos que invitar diciendo: “Ven, porque todo está listo” (Mt. 22:4; Ap. 22:17). La invitación es para *todos* porque se basa en la muerte y la resurrección de Jesucristo. El murió

por todos: *“A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed”* (Is. 55:1). ¡Ven ahora, tal como eres! No existe ninguna receta para ir al Señor. No podemos exigir que sea de una manera determinada por la iglesia. Tampoco podemos demandar cierta cantidad de arrepentimiento. No tenemos ningún derecho de establecer ciertas normas y reglas para una conversión correcta. Todo esto es obra del Señor, y depende de Él. Tenemos que dejar las almas en las manos del Salvador. El ejemplo de Pablo nos muestra una conversión dura y larga, porque luchó por tres días para tener paz (Hch. 9:9). El criminal crucificado al lado de Jesús fue salvado en seguida cuando dijo a Jesús: *“Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”* (Luc. 23:42).

La manera y la hora dependen de Dios. Es Él quien obra. *“Sáname, oh Jehová, y seré sano, sálvame, y seré salvo; porque tú eres mi alabanza”* (Jer. 17:14). Es cierto que todo es obra de Dios, sin embargo, el hombre puede rechazar la salvación. No debemos practicar lo que algunos teólogos ortodoxos llaman el “pure pasive”, o sea que el hombre es tan pasivo en la conversión que no es correcto decirle: ¡Conviértete!

Aquí existen dos peligros. Uno, que el rendirse ante Él, llegue a ser la propia obra salvadora propia. Segundo, que la salvación es tan “pasiva” que se pierda totalmente la responsabilidad que tiene el hombre. Ambas cosas están equivocadas.

El hombre caído no puede obtener su propia salvación porque está esclavizado por el pecado. *“Confieso que no puedo creer en Cristo o ir a él por mi propia voluntad”* confesamos. *“Es cierto -dice Lutero- “que muchos toman*



*la buena decisión. Algunos lo hacen varias veces inclusive. Pero la decisión en sí no salva a nadie*". Nos alegramos por cualquier buena decisión, pero no debemos señalarla como fe verdadera. La decisión es una actividad del hombre mismo, mientras que el arrepentimiento es el resultado del trabajo de Dios, ("passiva contritio"), y la fe es un regalo del mismo.

Aquí se presenta una paradoja. Debemos llamar a los oyentes para que tomen la decisión y escojan a Dios, diciendo: ¡Arrepiéntanse y conviértanse! Pero, al mismo tiempo predicamos que Dios salva gratuitamente, sin la participación del hombre. Aparentemente los dos mensajes se contradicen. Muchos trataron de explicarlo, pero cometieron uno de los siguientes errores: Olvidaron la necesidad de la elección y la responsabilidad del hombre, u olvidaron que la obra salvadora es algo de Dios. No podemos explicar bien esto con palabras humanas. Los pensamientos de Dios son más altos que los nuestros. Recibir a Jesús es tanto una decisión del hombre como un regalo de Dios. Es como dos líneas rectas y paralelas que no se pueden cruzar. Tenemos que aceptarlo como tal, o sea: ¡Dejemos que la ley sea ley y el evangelio sea evangelio!

La ley, nos habla como si tuviéramos plena libertad de decisión y tuviéramos una voluntad libre. También nos muestra que tenemos toda la responsabilidad por nuestra alma. El resultado, es que el hombre se da cuenta de su esclavitud y que no tiene ninguna libertad. Por otro lado, el evangelio se dirige a verdaderos pecadores que están perdidos. No pone sobre ellos ninguna carga u obra, sino que la pone sobre Jesús.

Debemos predicar los dos: Tanto la responsabilidad, la elección y la entrega total del hombre, y el mensaje de gracia que otorga perdón de pecados a pecadores perdidos y abandonados. Debemos predicar entonces la ley, que nos obliga a convertirnos, a ser mejores y a entregarnos a Dios. Y al mismo tiempo proclamar el evangelio, que invita a los pecadores a venir tal como son, sin esperar a ser mejores.

Ahora hablemos sobre un fenómeno que se llama “la voluntad esclavizada” (el libre arbitrio). Es una doctrina bíblica que tiene que ser conocida por todos los predicadores. Pero no debemos presentarla desde el púlpito como *un problema*. ¡Cuidado con palabras o expresiones que causen preocupaciones innecesarias! La frase: “¡No tienes *ninguna* voluntad libre!” a menudo se malentiende y causa reacciones negativas en los oyentes. Esto solamente crea el error de que somos puramente pasivos e incapaces de decidir en cualquier situación de la vida.

La idea bíblica en cuanto a la voluntad esclavizada del hombre se refiere a la salvación, o sea a la falta de la posibilidad de buscar a Dios. La Confesión de Augsburgo enseña que el corazón humano está preso por el pecado y que es incapaz de transformarse a sí mismo. Debido a ello necesitamos la Palabra y el Espíritu de Dios.

No debemos subir al púlpito para jactarnos de nuestra sabiduría. Tenemos que predicar el evangelio con fidelidad. Si hacemos esto, evitamos el peligro de presentar la fe como una entrega voluntaria. Sabemos que la obra realizada por el Espíritu Santo, al revelar el evangelio, es lo más importante. Pero esto no significa que es un error enfatizar la responsabilidad personal.

## 2. La Fe

Llegamos al segundo punto principal de la penitencia: La fe que viene como resultado del evangelio. Esto es algo creado por el Espíritu Santo.

La predicación no debe hablar únicamente *sobre* la fe, sino que debe *presentar* la fe. Es un mensaje *para* fe. Muchas veces se presenta un “*dysangelio*” en vez de un “*evangelio*”. *Dysangelio* significa un mensaje malo o equivocado, mientras que *evangelio* es una buena noticia. No existe cosa más difícil para el obrero de Dios que predicar el evangelio como un evangelio puro y sin condiciones. La ley se entiende mejor, porque corresponde al “*opinio legis*” (opinión legalista) que tenemos desde el nacimiento. El que desea disfrutar de algo está obligado a ofrecer algo. Y nunca se recibe nada gratis, tenemos que pagar algo. De la misma manera pensamos que debemos ofrecer o entregar algo a Dios para recibir su amor. No es fácil aceptar que Dios ama a los *pecadores*, y que Jesús murió por pecados reales y viles. Por todas partes hay gente que verdaderamente sufre porque anda bajo el peso de sus pecados. Sin embargo, al mismo tiempo se predica el perdón de los pecados desde una gran cantidad de púlpitos, pero los hombres no entienden que el evangelio es precisamente para *ellos*. ¿A qué se debe la falta de resultados? ¿Quizás el oyente no tiene toda la culpa, aunque es lento para escuchar? ¿Acaso no tenemos nosotros nada de culpa? ¿Predicamos la gracia de Jesucristo como deberíamos? ¿O damos solamente *información* acerca del evangelio, perdiendo el tiempo con temas vanos e inútiles? Es más fácil explicar la vida *sin* Cristo que la vida *con* Cristo. Fácilmente podemos describir lo que no es el cristianismo.

Pero es más difícil revelar lo que si es. ¡Es más fácil decir algo *sobre* el evangelio que *predicar el evangelio mismo!*

Un predicador debe usar mucho tiempo meditando en el evangelio como lo hizo el salmista en el Salmo 63:6: “*Cuando me acuerde de ti en mi lecho, cuando medite en ti en las vigiliass de la noche*”. Un buen predicador se caracteriza por su pasión de meditar en la riqueza y la sabiduría del evangelio. No es fácil comprender el evangelio. Y es más difícil aún compartirlo con otros.

Aunque está un poco fuera del tema, debemos mencionar algo sobre la relación entre la reconciliación y el evangelio. A continuación, trataremos algunos puntos principales que tienen importancia en la predicación para la conversión y el avivamiento.

- a. Como mensajeros de Dios, debemos aclarar con frecuencia que el evangelio es un mensaje acerca de la obra salvadora que Dios efectuó por medio de Jesucristo. El evangelio no es una acción humana, sino una obra de Dios. No se trata primeramente de una decisión que el hombre debe tomar ahora, sino de una decisión que tomó Dios antes de la formación del mundo. No se trata solamente de una nueva posibilidad de conocer mi propia situación frente a Dios, sino que, me abre a una nueva existencia con Dios, basada en la obra ya efectuada en su Hijo. O sea: No se trata de una obra necesaria por el hombre ahora, sino de un hecho ya realizado hace casi dos mil años atrás.

Lutero dice: “*Evangelio es una palabra del griego que significa una noticia, un mensaje, una buena declaración, sobre la cual cantamos, predicamos y*

*nos gozamos. Cuando David había ganado a Goliat, se produjo una alegre noticia de que el enemigo de Israel había perdido y que Israel tenía paz y armonía de nuevo. Por eso cantaron, saltaron y danzaron de alegría. Así es el evangelio de Dios. Es un hermoso mensaje, una buena noticia que proclamaron los apóstoles acerca de un nuevo David verdadero, que luchó contra el pecado, la muerte, Satanás, y ganó. Él puede librar a todos los presos del pecado, todos los que sufren por la muerte y el diablo y justificarlos y vivificarlos para que sean personas santas con paz y esperanza de llegar a Dios en el último día”.*

Si predicamos para conversión y avivamiento tenemos que repetir una y otra vez que Jesús, el hijo de Dios, pagó nuestra deuda al sufrir, morir y resucitar por nosotros. El mensaje de salvación por medio de Jesús puede crear fe en nosotros. La fe no es un “actio” (acción) espontánea por parte del hombre, sino un “reactio” (reacción) o resultado del mensaje de gracia en Jesucristo. Mientras el corazón se preocupa por presentar a Dios una fe correcta y una entrega total, vemos que, aún está esclavizado y no alcanza a tener fe verdadera. La fe se crea cuando *escuchamos* el evangelio, es el Espíritu Santo quién produce esto. La predicación para la conversión tiene que decir: *“conviértete, entrega tu corazón a Dios”*. Es obvio que debemos exhortar e invitar a los oyentes de esta manera. *Pero no es menos importante proclamar que Dios nos reconcilió consigo mismo en Cristo*. El oyente necesita un mensaje que dirija su atención desde sí mismo hacia Cristo. Él es el único que puede salvar a los pecadores.

- b. El evangelio es un hecho donde Dios actúa solo, sin nuestra participación. Es un pacto unilateral que difiere mucho del pacto del Sinaí que es bilateral, o sea que requería la participación de ambos, Dios y el hombre: *“Y tomó (Moisés) el libro del pacto lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho y obedeceremos”* (Ex. 24:7). El evangelio es un pacto diferente, que presenta una promesa basada en la obra unilateral de Dios. Este mensaje no demanda fe, sino que otorga fe.
- c. En consecuencia, no podemos seleccionar a nuestros oyentes cuando predicamos el evangelio y el que lo recibe es una persona con un corazón contrito (dolido) y humillado. Cuando hablemos a los necesitados y arrepentidos no exijamos nada de ellos, ni de hechos ni de intenciones. Para ellos compartamos la Palabra de Jesús que encontramos en Juan 3:17: *“Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”*. Las conciencias temerosas deben escuchar la gracia y la salvación ganada por Dios mediante la obra de su Hijo. Escuchar que Jesús murió por verdaderos pecadores y no por los piadosos, sino por pecadores reales, con corazones fríos y malos, *“... siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”* (Rom. 5:8b). *“... más al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”* (Rom. 4:5). El murió por nosotros aún siendo pecadores, y nos recibe tal como somos.

Así dice la Escritura. Pero la predicación no siempre nos hace libres y es una predicación sin exigencias.

No pocas veces se escucha una mezcla de ley y evangelio, por ejemplo, cuando el predicador dice: *“No puedes vivir una vida perfecta. Dios tampoco lo exige. Él requiere solo una sola cosa: que te pongas sobre su altar en sacrificio completo. El espera solamente que te entregues totalmente..., etc.”* Y luego se explica al pobre oyente que la entrega total es en sí, la fe.

Este es un mensaje falso, que desvía a las almas. No se escucha ni la ley ni el evangelio. La ley se *anula* al decir que Dios no exige una vida perfecta. Porque ella dice: *“Amarás a Dios sobre todas las cosas, y serás perfecto como Dios es perfecto”*. Y también se anula el evangelio, cuando se enseña que la entrega personal sustituye a la fe. El evangelio entonces, se vuelve una ley que dice: *“¡Entrégate a Dios!”*.

No existe confusión más grande. Tal mensaje solamente produce almas hipócritas que están satisfechas con su entrega, o almas desesperadas que fracasaron totalmente en ella. Ningún “por si acaso”, “supongamos que”, o “si quieres y puedes” tienen que mezclarse con el evangelio puro. Jesús murió por los pecadores.

- d. Muchos piensan equivocadamente que la iglesia es sólo para los religiosos y piadosos. Sería una gran equivocación si la predicación creara este pensamiento erróneo. Es nuestro deber proclamar que Jesucristo vino a salvar al pecador del gran problema que tiene: su pecado. Este es un mensaje universal, que concierne a todos.

En una iglesia de Berlín existe un enorme cuadro que fue pintado poco tiempo después de la segunda guerra mundial. El cuadro muestra algunas ruinas que nos hacen pensar en los resultados de la guerra. Y nos preguntamos: ¿Cómo pueden tolerar un cuadro como este? La respuesta está en que en medio de las ruinas está Jesús y muchas personas extendiendo sus manos hacia él. En el centro de esta destrucción, precisamente entre la pobreza y la aflicción, está nuestro Salvador. El cuadro impacta. Quizá te preguntes: ¿Pero ahora, tantos años después de la guerra, siguen exponiendo el mismo cuadro? ¿No sería mejor deshacerse de todo lo que puede causar recuerdos de ésta triste guerra? Este pensamiento es muy fariseo. Porque quiere tener un Cristo que esté en un contexto religioso, como una figura decorativa, lejos de la vida real. El predicador debe pensar de otra manera. Es su tarea y su deber, entrar a la realidad humana con palabras de luz y esperanza. Porque no podemos negar que el mundo es malo, y el vivir sin Cristo es como estar rodeado de ruinas.

Con amor, proclamemos acerca del buen pastor. Su misericordia para con el pecador es grande. El oyente debe reconocer *su* voz mediante nuestro mensaje. ¿Cómo podemos tener más compasión y amor por los pecadores? Únicamente estando ante los pies del Señor, aprendiendo de Él. Si tomamos el lugar de María, sentándonos para recibir, podremos escuchar que nuestros pecados nos son perdonados. Y luego espontáneamente, amaremos a otros. La Biblia afirma: “*Nosotros amamos, porque él nos amó primero*” (1 Jn. 4:19).



Ya vimos que el predicador, debe hacer reconocer la necesidad de conversión. Además, tiene que diferenciar entre los creyentes e incrédulos, entre salvados y perdidos. Lo que le fue dicho a Nicodemo tiene que ser el refrán de la predicación para conversión: “*De cierto, de cierto, te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*” (Jn. 3:3).

Cualquier receta psicológica es inútil. Para llegar al corazón del hombre necesitamos la presencia del Señor, o sea el Espíritu Santo.

### **3. ¿Dos o tres grupos de oyentes?**

Normalmente se distingue entre tres diferentes tipos de oyentes. Los *no convertidos*, los *llamados* y los *creyentes*.

En tiempos recientes esto se discute. Algunos afirman que no hay apoyo para esto en el Nuevo Testamento, ni en las confesiones. Existen solamente dos posibilidades -dicen- una es estar bajo el dominio de la gracia y tener fe, y la otra es vivir sin una relación con Cristo. Según ellos no existe ningún estado neutral entre fe e incredulidad. Una persona es cristiana o está fuera del reino de la gracia. Algunos teólogos dicen que la distinción entre éstos tres grupos es anti-luterano y que comenzó bajo la influencia del pietismo.

Admitimos que Lutero no tiene algo por escrito acerca de la distinción entre los tres grupos de oyentes. Pero esto no significa que no conoció y aceptó esa idea. No es difícil ver en sus libros que él también examina la situación del hombre bajo el llamamiento de Dios. Él lo llama “el despertar”. Además, en el Nuevo Testamento se encuentra una descripción de esta misma situación, antes de que llegue la

fe. Pensemos en el carcelero de Filipos, por ejemplo, cuando dijo: “*¿Qué debo hacer para ser salvo?*” (Hch. 16:30). Además, podemos mencionar la situación de los oyentes el día de pentecostés: “*Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos ¿qué haremos?*” (Hch. 2:37). Las personas que se encontraban en esta situación no eran creyentes. Pero tampoco eran incrédulos que vivían tranquilos en sus pecados. Más bien eran personas que despertaron y sintieron preocupación por la salvación de sus almas.

No cabe duda de que existen solamente dos posibilidades frente a Dios. Hay un sí o un no. Pero no se puede negar que existe una situación frente a Dios que podemos llamar un despertar o un llamado especial. Una nueva situación creada por el Espíritu Santo. El problema es que muchos, hoy en día, consideran a estas personas como verdaderos creyentes. Pero no lo son. Están llamados y siendo despertados. Es deber del predicador mostrarles que el querer mejorar sus vidas y tratar de vivir conforme a la ley de Dios no significa tener fe. La actividad espiritual no necesariamente es el fruto del Espíritu. Los que están despertando, necesitan a Jesús como su Salvador personal. Éstos tienen que escuchar acerca de la gracia en Cristo de una manera especial. Porque no saben que la espiritualidad humana difiere mucho de la nueva vida bajo la gracia de Dios. El predicador necesita mucha sabiduría para llegar a ellos con palabras de verdadera ayuda. El mensaje dogmático muy bíblico y verdadero no siempre es capaz de ayudar. Las experiencias del predicador con la Palabra de Dios también son muy necesarias para ayudar a los que andan en la oscuridad sin haberse quedado dormidos en ella.

Concluyendo podemos decir que existen tres grupos de oyentes, pero para Dios hay solamente creyentes e incrédulos, y no hay más que un solo mensaje.

#### **4. Señales de la fe verdadera**

Cuando diferenciamos entre la fe y la incredulidad, debemos reconocer las señales o las características de la fe falsa y la fe verdadera. Desde tiempos antiguos se ha discutido sobre este asunto. Por ejemplo, hubo una acalorada discusión entre pietistas y ortodoxos. Los pietistas tenían reglas restrictivas en cuanto a la vida cristiana. Por ejemplo, decían que había tres señales de una conversión verdadera y tres características de una persona probada por la duda y la angustia: (1) si habían luchado verdaderamente para tener la gracia de Dios antes de ser probados, (2) si trataron de odiar el pecado mientras fueron probados, y (3) si de veras deseaban tener parte de la gracia y creer correctamente en Cristo.

Un esquema tan detallado como éste, puede fácilmente desanimar y entristecer al pobre pecador que no logra cumplir con todo esto, aunque haga todo lo posible por analizarse a sí mismo. Además, el interés exagerado por su propia vida espiritual puede fácilmente causar que su mirada se aparte del manantial de la gracia para dirigirse hacia sí mismo.

Pero no hay duda de que existen ciertas señales. El Nuevo Testamento dice mucho acerca de esto. Hemos pasado *“de la muerte a la vida”*. También, podemos pensar en la primera carta del apóstol Juan, por ejemplo. Aquí, la fe verdadera se describe con claridad, se ve que es parte del mensaje bíblico. La predicación debe explicarla, especialmente para los oyentes que están en duda si tienen

una fe verdadera o no. Acá debemos enfatizar lo que dice la Biblia más que dar vagos ejemplos de nuestra propia vida. Las señales son importantes, pero debemos tener cuidado de que lleguen a opacar la fe misma. La fe verdadera no es la confianza en ciertas señales, sino confianza en Jesucristo. Una persona condenada por su propia conciencia y que desea tener fe en Jesucristo, necesita el mensaje sobre la salvación en Jesús antes que ser inquietada con un mensaje sobre las señales de la fe verdadera. Aunque también es cierto que no podemos ser salvos sin que haya alguna señal o prueba de la vida nueva.

## **5. La relación entre el Bautismo y la Palabra**

Existe la posibilidad de que una persona bautizada cuando era niño nunca se aparte de la gracia de Dios. Esto debería ser lo normal. Oramos por eso, para que Dios guarde a nuestros hijos bautizados, para que nunca se aparten de Él. El bautismo es un llamado al renacimiento. No cabe duda de ello. ¿Pero ellos necesitan escuchar acerca de la conversión? ¿O debemos diferenciar entre dos distintas clases de personas, un grupo que necesita la conversión y otro grupo que no la necesita? Obviamente tenemos dos grupos distintos con diferentes necesidades. No podemos negar que vivir en el pacto del bautismo es muy diferente a dar la espalda a Dios. No debemos confundir a los niños y a los jóvenes que tienen fe en Jesús, diciéndoles que su fe es algo inferior. ¡La confianza que ellos tienen en Dios, muchas veces es mayor que la fe de los adultos! ¡Sin embargo necesitan escuchar el mensaje de conversión! Esto es así, porque el bautismo; según la doctrina bíblica, significa “ahogar al viejo Adán mediante el arrepentimiento y la penitencia diaria para que éste muera con todos sus pecados y malos deseos”. Mediante el arrepentimiento y la

penitencia, el nuevo hombre resucitará con el fin de vivir para Dios en justicia y pureza hasta la eternidad. Según Martín Lutero, *“Existe una relación estrecha entre la penitencia y el bautismo”*. Y en su Catecismo Mayor dice: *“¿Es la penitencia otra cosa que atacar con diligencia al “viejo hombre” y vivir una vida nueva? Consecuentemente el vivir en penitencia significa “andar” en el bautismo...”* Pero, la gracia del bautismo no nos da ninguna garantía. Es cierto que otorga la misericordia de Dios, pero pertenece solamente a las personas que continúan viviendo en el arrepentimiento y la fe. Como el arrepentimiento y la fe no se reciben una sola vez y para siempre, sino que se deben “alimentar” diariamente por el uso de la Palabra, de igual manera, el bautizado tiene que escuchar el mensaje de conversión cada día.

Especialmente en la juventud, cuando la personalidad se está desarrollando, y cuando hay muchas tentaciones y luchas, la fe es puesta a prueba. En esta etapa se notará si la persona quiere hacer uso de su bautismo, a sea: si desea vivir cada día en penitencia. Si la fe no se afirma en la gracia del Señor, ésta desaparecerá poco o poco especialmente cuando se presenten los problemas de la juventud. La fe del niño siempre tiene que confirmarse de esta manera. Por eso es necesario predicar para conversión aún a los jóvenes ya bautizados. Además, tenemos que alcanzar a los perdidos, o sea a los que dejaron el pacto del bautismo. Ellos necesitan escuchar el mismo mensaje para despertar. Porque es fácil engañarse a uno mismo. *“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”* (1 Jn. 5:12). Fuera de Cristo y sin el perdón de pecados no hay vida. El que no cree en Jesucristo, aunque esté bautizado, está perdido. Y, si no se convierte a Cristo, se perderá eternamente. Su bautismo no podrá salvarlo.

Existe el peligro de valorar demasiado el bautismo. Por ejemplo, no es cierto que todos los bautizados son creyentes. Tampoco es bíblico decir a una persona que fue bautizada: *“Para ti es suficiente vivir nuevamente como evangélico; ¡No necesitas convertirte de nuevo! ¡Ya eres un hijo de Dios, es cuestión de vivir como creyente!* Esta clase de amonestación es parecida a la enseñanza que se llama “la justificación global”. Ellos enseñan que todos ya están perdonados por la muerte de Jesús. A veces se les escucha decir que los condenados están en el infierno con sus pecados perdonados. Enseñan que absolutamente todos están justificados. Es cuestión de creerlo. Esta enseñanza es peligrosa porque la fe llega a ser un producto del hombre. Si confía y cree, tiene fe. Si no cree, tampoco tiene fe. Es como si fuera un cálculo matemático.

Cuando se pone mucho énfasis en el bautismo, se corre el mismo riesgo. Todo está bien, solamente falta llevar una vida mejor. Todos los bautizados son “cristianos”. Si se alejaron o si cayeron en pecado, sólo es cuestión de levantarse de nuevo. ¿Pero, acaso esto es bíblico? Claro que no. La Biblia dice que Dios no puede ser burlado. Y el que no está *con* Jesucristo está *en contra*. En otras palabras, podemos decir: *El que no se encuentra en el pacto del bautismo, sino que se salió, está afuera y tiene que convertirse nuevamente.*

Ahora trataremos la pregunta: ¿Es el bautismo el único medio por el cual podemos ser salvos? ¿O existe la posibilidad de tener fe sin haber sido bautizado? Primero, responderemos a la última pregunta: Dios nos enseña a bautizar. *“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos...”* (Mt. 28:19). *“Pedro les dijo: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre*

de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch. 2:38). Nuestra obligación es la de predicar para la conversión y bautizar. El problema en cuanto a los niños que mueren sin haber sido bautizados, lo dejemos en las manos del Señor. Sólo Él sabe que sucede con ellos, aunque sabemos que no quiere que se pierda ninguno de éstos. En cuanto a la primera pregunta responderemos que no es el bautismo en sí, o sea el agua, que salva, sino la Palabra en unión con el agua. Esto significa que el medio por el cual podemos llegar a ser salvos en realidad es la Palabra del Señor. ¿Y qué dice la Palabra? Ella enseña que el hombre se salva mediante la conversión.

El bautismo no disminuye la importancia de la conversión y la fe, sino que los considera requisitos por los cuales podemos ser bautizados. No trataremos ahora la pregunta sobre los niños y la fe, si pueden creer o no, porque está fuera de nuestro tema. Solamente bastará repetir lo que dijo Jesús: “*El que creyere y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere será condenado*” (Mr. 16:16). (Esto significa entonces que: ¡si los niños no pueden creer, entonces, tampoco pueden ser salvos!). Además, podemos citar las palabras de Jesús en Marcos 10:14-15: “*viendo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impedáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto, de cierto o digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él*”.

La Biblia afirma entonces, que los niños pueden creer. También vimos que es *la Palabra del Señor* la que salva al hombre (no es correcto decir que *el bautismo* es el único medio de salvación porque así se puede crear el error de que el agua salva sin la participación de la Palabra). El Nuevo Testamento contiene varias citas bíblicas que

enseñan el renacimiento mediante la Palabra (1 P. 1:23):  
“... *siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre*”

La dogmática luterana utiliza dos expresiones para describir el nuevo nacimiento. Ella dice que nacemos de nuevo mediante una adopción. Dios nos pone en una nueva situación, bajo su gracia, nos hace renacer por “*adaptio*”. La otra expresión es “*donatio fidei*”. El renacimiento consiste en que Dios nos da la fe. Esta última parece ser la más bíblica. Por lo menos vemos que la Biblia misma lo explica de esta manera: “*Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios ...*” (1 Jn. 5:1). “*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios*” (Jn. 1:12-13).

Antes de terminar la explicación acerca de la relación entre el bautismo y la Palabra, falta solamente advertir a las personas que practican el re-bautismo. A ellos queremos decir que Dios sigue siendo fiel, aunque el hombre se olvide del pacto con Dios en el bautismo. Se puede hacer una comparación entre el bautismo y un barco. El barco seguirá flotando, aunque el hombre caiga al mar. ¡En este caso sería suficiente embarcar de nuevo, en vez de construir otro barco! Un solo bautismo es suficiente. Pero no es válido sin la fe. Como está escrito en Efesios. 4:4-5: “... *un cuerpo y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo ...*”



## PREDICACIÓN PARA SANTIFICACIÓN

Es necesario comenzar este capítulo con una aclaración. Ya mencionamos la predicación para conversión y arrepentimiento. Ahora, trataremos el tema de la santificación. Sin embargo, una división tan marcada puede ser peligrosa. Corremos el riesgo de enseñar la santificación como algo muy diferente y cronológicamente posterior a la conversión y a la fe. Esto es precisamente lo que ocurre muchas veces. Hay muchos movimientos carismáticos que hablan acerca de la santificación como un “second blessing”; una “segunda bendición”. Ellos presentan esto como algo que viene después de la conversión. Llegar a tener fe es una cosa, santificación verdadera es otra. Es algo que viene como una experiencia secundaria. Por ejemplo, se observa que algunas iglesias invitan para una reunión de conversión para una hora, y un culto de santificación para otra.

Tal pensamiento no está de acuerdo con el Nuevo Testamento. Además, va en contra de la confesión: *“Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”* (1 Co. 1:30). El que recibe a Cristo por fe, recibe al mismo tiempo todo lo que Él es y lo que representa. Donde hay perdón de los pecados, también hay vida y salvación eterna. No se puede recibir a Jesucristo para justificación hoy, y luego, pasados tres meses o cinco años, recibirlo para santificación.

Frente a aquellos que enseñan la segunda bendición como una experiencia posterior y separada de la conversión, tenemos que predicar la justificación, el nuevo nacimiento, la conversión y la santificación como distintos aspectos de lo mismo. Donde hay fe y perdón de los pecados, allí también está todo lo demás, o sea que no falta nada de lo que hay en la vida cristiana. En Cristo Jesús lo tenemos todo, fuera de Él no tenemos nada.

Cuando hablamos ahora sobre la santificación en un capítulo aparte, no lo hacemos porque es como una segunda “conversión” o experiencia. Tampoco lo hacemos para enseñar un método para lograr una mejor santificación. No se puede dirigir al Espíritu Santo y ponerlo en un esquema o en un cierto método. Lutero dice en cuanto a esto: *“No puedo limitar a Dios y preparar reglas para como predicar la Palabra de Dios”*. Tampoco podemos dominar al Espíritu Santo. El viento sopla de donde quiere.

La razón por la cual tratamos ahora la santificación en un capítulo aparte, es porque debemos distinguir entre lo que sucede en la conversión y lo que pasa en la santificación. “El diablo es experto en mezclar y confundir”, dice Lutero. No solamente quiere engañarnos en cuanto a ley y el evangelio. Lo mismo desea en cuanto a la conversión y a la santificación. Nosotros enseñamos que los métodos no son tan importantes, pero la distinción entre ley y evangelio, espíritu y carne, nuestra justicia y la justicia de Cristo, justificación y santificación es lo principal en la predicación.

La diferencia entre “justitia coram se et hominibus” (la justificación vista por los hombres) y “justitia coram Deo” (la justificación ante Dios) es grande. Significa que

la justicia que pueden ver los hombres no es la justicia mediante la fe que Dios ve. Porque Dios nos considera justos en Jesucristo. El hombre natural no puede entender esto, y nos califica según lo que ve, o sea conforme a lo que somos en nosotros mismos.

En cuanto a la santificación tenemos dos desviaciones frecuentes, que son: la desviación humanista y la desviación anti-humanista. La primera consiste en rechazar u olvidar lo que la Escritura enseña en cuanto a la naturaleza pecaminosa del hombre. Consecuentemente la santificación se caracteriza como un desarrollo de lo bueno que tiene el ser humano. La desviación anti-humanista consiste en atacar cualquier idealismo y toda buena intención, enfatizando demasiado lo que la Biblia dice sobre la naturaleza corrompida del hombre.

No debemos juzgar todo ideal o caridad como algo anti bíblico. Simplemente diremos que es algo humanista. Debemos apreciar toda buena intención del hombre en este mundo.

Otra tarea de la predicación para santificación, es la de descubrir la diferencia entre “el viejo hombre” y “el hombre nuevo”. El viejo hombre no sólo es una parte no renacida de mí, sino que es todo el yo, como soy según mi naturaleza humana. El viejo hombre es la “carne”, que debo ahogar diariamente. El viejo hombre está crucificado, pero sigue vivo mientras estoy acá en esta tierra. La predicación para santificación debe enseñar esto.

El pensamiento humano acerca de la santificación, es que la maldad en nosotros tiene que disminuir poco a poco. Algunos, incluso enseñan que podemos librarnos de toda maldad y cualquier mal deseo. Pero la Biblia no afirma

esto. Al contrario, ella dice: *“Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”* (Rom. 8:7). Es difícil entender que la naturaleza pecaminosa existe en nosotros, y al mismo tiempo no me condenará debido a Jesucristo. No es nuestro deber mejorar nuestra naturaleza pecaminosa. El hombre viejo no puede santificarse, sino que tiene que morir. Solamente la vida nueva continuará viviendo: *“y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”* (Ef. 4:24). El nuevo hombre es dominado por el Espíritu Santo, que mora en mí. *“De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (2 Co. 5:17), *“y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”* (Col. 3:10).

La vida nueva tiene el deseo de vivir cada día conforme a la voluntad divina.

La mortificación de la vieja naturaleza muchas veces se la entiende como una lucha contra el cuerpo físico del ser humano. Especialmente, es fácil llegar a pensar que debemos mortificar al deseo carnal y sexual. Es deber de la predicación el de contrarrestar estas ideas equivocadas y dar la orientación bíblica necesaria. El viejo hombre no es algo secundario y de menor importancia. No es algo más bajo que el yo. La mortificación no se dirige a luchar solamente contra lo carnal, sino que involucra a *todo* el viejo hombre. Esto incluye una pelea contra lo espiritual, tanto como lo humano y lo físico del “ego”. Ésta es una lucha más dura, porque no se dirige solamente a los pecados externos, sino contra el pecador mismo.

Además, tenemos que mencionar los medios que Dios utiliza para mortificar la vieja naturaleza. Pueden ser varias cosas. Por ejemplo, lo hace mediante la ley. También tenemos su guía y disciplina en nuestras vidas. Dios utiliza “la cruz” para humillarnos y mortificar la vieja naturaleza. Predicar sobre la cruz del creyente no es algo fácil. Primero tenemos la cruz externa, y luego la cruz interna. La cruz externa es todo lo que está en contra. Pueden ser sufrimientos y adversidades por ser cristianos. Jesús dijo: “... *si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*” (Mt. 16:24). Esta cruz es algo que debo tomar. O sea: es un sufrimiento voluntario. Esto significa que, si niego a Jesucristo puedo evitar este sufrimiento. No debemos incluir enfermedades y fallecimientos cuando hablamos sobre la cruz externa, porque es algo que está fuera de mi control. La cruz interna significa una prueba o “un agujón en la carne” (2 Co. 12:7). Verdaderamente, Dios puede utilizar diferentes cosas para mortificar al viejo Adán.

También juegan un papel muy importante la oración, la fe y la Palabra. Mediante estos medios el hombre puede “mortificar” su vieja naturaleza.

Otra cosa que sirve como medio para “santificar” o “mortificar” es la lucha que Lutero llama “*anfechtung*” en alemán, ésto ocurre cuando Satanás nos ataca fuertemente, es precisamente cuando nos sentimos bajo la ira de Dios y su condenación, y todo es oscuridad. Es en esta situación que parece que Dios se hubiese alejado de nosotros y entonces Satanás aprovecha para hacernos sufrir. Sin embargo, parece que pocos sufren de esto hoy en día, raras veces se escucha sobre este tipo de ataques de Satanás. Por el contrario, el cristianismo se presenta desde el púlpito

como una religión que trae paz y tranquilidad, algo que trae solución a cualquier problema de la vida y nos trae riqueza y prosperidad.

Hoy, se habla poco acerca de la cruz del creyente, de las pruebas y tentaciones. ¿A qué se debe este enfoque tan positivo? ¿Puede ser que el predicador mismo no ha experimentado los ataques de Satanás, y debido a ello no considera al diablo como “peligroso?” Martín Lutero y otros grandes personajes de la historia del cristianismo sufrieron mucho por los ataques del diablo. Eran personas odiadas por él. ¿Quizás nuestro mensaje es demasiado suave e inofensivo? Hoy, la fe se presenta como una decisión, como algo intelectual, como una filosofía, todo parece sencillo. No hay ningún problema sin solución. El alma angustiada y atacada por el diablo es considerada frecuentemente como algo extraño. Sin embargo, los teólogos antiguos no lo consideraban así. Ellos fueron enseñados en “la doctrina de la conciencia atacada”. Por eso podían ayudar a las almas así probadas. Consideraban esta prueba como algo permitido por Dios. Inclusive lo tomaron como una mortificación al viejo Adán. Que la prueba venga de Satanás no es algo difícil de comprender. Pero aceptar que Dios la permite e incluso la utilice para santificarnos es más difícil de hacerlo. Muy difícilmente podemos aceptarlo.

Mientras pensemos que el “*anfechtung*” tiene su origen en el diablo y que se debe a mi propio pecado, no hay problema en ir a Cristo para buscar solución y consuelo. Pero al ver que Dios mismo está en contra nuestra, la situación es peor. Porque cuando el corazón no halla consuelo en Él, la oscuridad llega a ser total. En esta situación, se necesita predicadores y consejeros enviados por Dios. Y el único mensaje que puede ayudar al pobre pecador es el antiguo

evangelio sobre Jesucristo que fue probado en todo igual que nosotros. Su prueba fue mayor todavía. Pero Él obtuvo victoria plena para nosotros.

Por otro lado, el predicador nunca tiene que “jactarse” de haber sufrido este tipo de pruebas. Tampoco debe generalizar cuando describe a éstas. Porque lo típico de la persona probada de esta manera, es que dice: “Seguramente no hay nadie que ha experimentado lo mismo. Para otros debe haber ayuda, pero no hay remedio que me pueda consolar a mí”. Por eso tenemos que ayudar a ellos en forma individual.

Ya hemos hablado mucho sobre el proceso de hacer morir a la carne pecaminosa (el lado “negativo”). Ahora mencionaremos el otro aspecto de la santificación, que es el lado “positivo”. Se trata del crecimiento de la vida nueva. ¿Cómo puede crecer y desarrollarse la nueva vida hasta que seamos perfectos y santos como nuestro Señor? Bueno, en realidad nunca alcanzaremos la santidad perfecta acá en esta vida, sólo en la gloria del Señor seremos como Él. Para un creyente, toda la vida es un proceso de santificación. Pero esto, es *la obra del Señor* mediante el uso de los medios de gracia, la Palabra, la Santa Cena, el Bautismo y la Oración.

Para la predicación existen dos peligros en cuanto a la Santificación:

1. Moralizar mucho, animando a ser mejor mediante la ayuda del Señor. Nuestros esfuerzos son considerados como lo más importante.
2. La quietud, que significa descansar pasivamente en Dios sin preocuparse en absoluto por el crecimiento espiritual personal.

La predicación debe mostrar el camino entre estos dos extremos.

La participación del hombre en la santificación ha sido tema de mucha discusión. Quizás la confusión se deba a la preocupación por la relación que hay entre Dios y el hombre, en vez de enfocar la diferencia entre Dios y Satanás. La lucha entre el Reino de Dios y el Reino mundano es fuerte. Si el hombre no está en favor de Dios, está en su contra. Lo que el hombre *es*, necesariamente tiene que crecer más y más. Si estamos en contra, creceremos como enemigos de Dios. Pero si andamos con Cristo el nos perfeccionará más y más conforme a su divina voluntad.

¿Qué papel juega el evangelio y la ley en este proceso? Bueno, la ley acusa a nuestra “carne”, pero no tiene nada que ver con nuestra conciencia. La ley llega a ser un enemigo muy cruel si la dejamos aterrorizar a nuestra conciencia. Lutero dijo en su comentario a los Gálatas que el destino de la ley es “la carne”, y del evangelio la conciencia. La ley tiene que enfocarse en las cosas terrenales y a las obligaciones para con nuestro prójimo. Pero el evangelio se dirige a nuestra conciencia, dándole gracia y consuelo. Acá, es cuando a veces tenemos problemas. Por ejemplo, cuando la ley acusa a nuestra conciencia y el evangelio produce pereza. El resultado de esto es muy conocido: El cristiano anda triste, acusado por su conciencia, sin tener la fuerza espiritual necesaria. Y al mismo tiempo no se preocupa por sus deberes y quehaceres diarios.

Si esta confusión se desarrolla, puede causar remordimiento de conciencia por ciertas cosas y dar plena libertad de practicar otros pecados. Por ejemplo, alguien puede estar molesto consigo mismo, porque no evangelizó a una



persona que estuvo sentada a su lado en el bus, pero no le preocupa su mala conducta y de que es tan malhumorado cada mañana tanto, que maltrata a su esposa y a sus hijos. Los deberes “espirituales” que no realiza lo acusan, pero no ve la obligación que tiene cada día de tratar bien a su familia. ¿Qué sucedió? La ley y el evangelio están dirigidos equivocadamente. La ley debería enseñarle acerca del deber cotidiano que tiene para con su prójimo sin que eso le desagrade. Un cristiano debe “limpiar su propia casa” y realizar todo su trabajo con interés sin ser un hipócrita. Tenemos que hacer cualquier tipo de trabajo como si fuera para Dios mismo. Aquí no debemos permitir ningún evangelio que pueda causar pereza. El evangelio, al contrario, tiene que dirigirse únicamente a la conciencia. Su obra es la de tranquilizar la mala conciencia, esto si es que andamos con Jesús. Si no “descansamos” en la obra salvadora de Cristo nos preocuparemos demasiado por las cosas que no logremos cumplir. Y el resultado será que nunca sentiremos la paz y la tranquilidad necesarias. O sea: La ley tiene que “empujarme” a vivir correctamente. El evangelio me consuela cuando estoy triste por mis errores y fracasos. ¿Cuál es el peligro entonces? ¡Qué la ley moleste mi conciencia, y el evangelio me dé “permiso” para ser perezoso! Repito que esto causa conciencias esclavizadas y demasiada libertad para “la carne”.

Ahora entendemos porque la ley puede ser el enemigo más grande en el proceso de nuestra santificación. El requisito más importante para una vida cristiana normal es tener una conciencia limpia. Si ya tenemos paz con Dios tendremos una buena base para corregir y mejorar nuestra actitud. Pero, si la ley logra inquietar nuestra conciencia de tal manera que perdamos la seguridad de la fe, no

existirá tampoco el ánimo de vivir conforme a la divina voluntad. Pero, cuando la persona tiene una conciencia tranquila, pregunta sinceramente por lo que *Dios* espera de ella. Sabiendo que la paz con Dios se debe a la obra de Jesucristo, uno se da cuenta que no hay ninguna necesidad de hacer buenas obras para alcanzar la salvación. Y es así, que nace el deseo de agradar a Dios realizando buenas obras para el prójimo. Además, se necesita esta paz de conciencia para que brote una alegría verdadera. Un hijo que se goza en el Señor, es un hijo fuerte. Su alegría le da fuerzas para trabajar. La conciencia esclavizada, por el contrario, produce tristeza, y la tristeza causa debilidad, con lo que se pierde totalmente el deseo de consagrarse al Señor. Cuando Dios quiere fortalecer a un creyente, lo hace mediante la alegría de tener el perdón de todos sus pecados.

No existe algún otro mensaje adicional o diferente al que llamemos predicación para santificación. Es el mismo mensaje que logra la salvación y la santificación. O sea: El mensaje sobre Cristo crea tanto la fe como las ganas de vivir conforme a su voluntad.

Resumiendo, podemos decir: ¡Dejen que la ley nos muestre la voluntad del Señor! ¡Pero no se olviden de que somos hijos de Dios sólo por gracia!

Una buena conciencia dice: *“Quisiera que mi cristianismo sea perfecto, y he orado más a Dios acerca de esto que por cualquier otra cosa, que así sea. Pero en cuanto a mi salvación digo: Para mí no existe otra justicia que mi Señor Jesucristo. Si mi cristianismo no pasa el examen, mi salvador Jesús, sí lo pasa”* (Carl Olof Rosenius).



